



# Confitería y Bombonería

## de Moda



Gran revelación del año, Helados sin huevos

### ICE - CREAM - SODA

La casa cuenta con personal práctico para la  
preparación de estas especialidades Americanas:

Bombones

Postres

Masas

## Avenida 18 de Julio 1210

## Montevideo

TELÉF. 772 CORDON

AÑO II

MONTEVIDEO, NOVIEMBRE DE 1925

N.º 8

# LA CRUZ DEL SUR

• REVISTA MENSUAL DE ARTE E IDEAS •

NUESTRO PROGRAMA ES NUESTRA OBRA

Director:

**ALBERTO LASPLACES**

Sec. de Redacción:

**JUAN MARIO MAGALLANES**

Administrador:

**ANTONIO RODRÍGUEZ VARELA**

Director artístico:

**FEDERICO LANAU**

## SUMARIO

José Ingenieros.....	Jaime Morenza
El renacimiento del amor .....	José Ingenieros
Agua fuerte .....	Juan Mario Magallanes
Exequias — Versos .....	Junio Aguirre
Hablando con el pintor Arzadun	
Tres poetas franceses nacidos en Montevideo	
El Conde de Lautréamont .....	Alberto Lasplaces
Poésies des Chants de Maldoror .....	Lautréamont
Origine possible de la formation intellectuelle d'Isi-	
dore Ducasse .....	Edouard G. Dubreuil
Laforque y la creación de la prosa simbolista .....	Alvaro Guillot Muñoz
L'hiver qui vient — Versos .....	Jules Laforgue
Apotheose — Versos .....	Jules Laforgue
Salomé .....	Jules Laforgue
Julio Supervielle .....	Pedro Leandro Ipuche
Jules Supervielle .....	Gervasio Guillot Muñoz
Une étoile tire de l'arc — Versos .....	Jules Supervielle
Dolor — Versos .....	Enrique Casaravilla Lemos
Las buenas páginas de los buenos libros.	
De « La Raza » .....	A. Montiel Ballesteros
Cuentos blancos y negros .....	Alberto Guillén
Teatros — Libros recibidos — Notas y Comentarios.	

Carátula .....	Ada Frisch
José Ingenieros — Apunte por .....	Hermenegildo Sábat
Autoretrato .....	Carmelo Arzadun
Lautréamont — Grabado en madera de .....	Adolfo Pastor
Jules Laforgue — Madera de .....	M. Méndez Magariños
Jules Supervielle — Xilografía de .....	Federico Lanau

# J O S É   I N G E N I E R O S



APUNTE DE H. SÁBAT

¿Quién era Ingenieros? He aquí una pregunta que parece no debiera hacerse y que, sin embargo, se ha formulado últimamente con motivo de su muerte. ¿Cómo puede contestarse tal pregunta? Recomendando la lectura de sus obras. En efecto, leyendo éstas se comprenderá fácilmente que Ingenieros cultivó, de preferencia, la medicina y las ciencias físico-naturales. Y a medida que se avance en el estudio de sus libros, no solo se revelará el hombre de ciencia, sino que, además, aparecerá el crítico de amplios y variados conocimientos, que con un concepto claro de su misión histórica, lo mismo enaltecerá la verdad con el elogio, que fulminará la mentira con el anatema. Hombre amante de la verdad y la justicia, detestaba la arbitrariedad y era implacable con el engaño. Si alguna vez toleraba al equivocado de buena fé, jamás transigía con el mistificador, por muy alta que fuera su jerarquía intelectual. Esta norma de conducta, practicada en un medio donde el servilismo intelectual y la chatez de espíritu sirven de escabel para escalar altas posiciones y disfrutar de buenas canonjías, le ha costado sacrificios materiales, amén de no pocos disgustos y enemistades personales. En sus juicios críticos sobre personas y cosas, era inflexible con los valores consagrados; para los jóvenes que se iniciaban, era, por el contrario, modelo de tolerancia y buen consejero. Por eso, en los cenáculos intelectuales

y literarios de Buenos Aires, su desaparición—estamos seguros de ello—deja un vacío difícil de llenar.

Uno de los aspectos más interesantes de su obra, constitúyenlo, sin duda alguna, sus estudios psicológicos. Sus disertaciones a este respecto en la cátedra de Psicología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, son un monumento de sabiduría y sagaz observación, y, asimismo, un invalorable modelo de claridad expositiva. Todos los sistemas en este aspecto del conocimiento humano, han sido para él motivo de atención y exámen. Ninguno ha escapado a su juicio crítico. De algunos ha hecho una profunda revisión. Era un verdadero maestro. Seguro de su saber, y profundamente convencido de su «método genético», trataba de que sus discípulos en esta disciplina, encarrilaran sus esfuerzos por la senda que, según él, les conduciría a la realidad en el conocimiento de la vida del espíritu.

Para que el lector se dé una pequeña idea del criterio con que Ingenieros encaraba estos problemas, extractaremos algunos de los juicios que emitió a tal propósito. He aquí uno sobre el paralelismo psicofísico: «Los que llaman Funciones a las Funciones y Organismos a los Organismos, ya no saben a que aplicar la palabra Alma. Una copiosa escuela psicofísica, invención equívoca, permite a algunos hablar del paralelismo entre los Organismos y las Funciones, dejando

que otros lo entendían como paralelismo entre el cuerpo y el alma, o la Materia y el Espíritu. Es indudable que esta hipocresía de los psicólogos ha sido útil en cierto momento como forma de transición entre la psicología animista del pasado y la psicología biológica del porvenir. Y cuando hablaba, para condenarla, de la substancialidad del alma, no era menos categórico en sus afirmaciones: «La *personalidad consciente*, decía, es una adquisición natural de los seres vivos en el curso de su experiencia; es el resultado mutuo y continuo de un proceso funcional, variable, dinámico, de intensidad oscilatoria, subordinado a las modificaciones de la entera personalidad orgánica y, especialmente, de los centros nerviosos que sintetizan las funciones orgánicas. La *conciencia* ha perdido su misteriosa sublimidad; es ilegítima la hipótesis de su existencia como realidad psicológica. Por eso, la Psicología biológica estudia la «personalidad consciente» en general y se ocupa, en particular, de los fenómenos «conscientes». ¿Cómo entender acerca de algo que no existe substantivamente? ¿Cómo definir su *realidad*, si ella sólo se nos manifiesta como una *cuadricia* de ciertas funciones psíquicas? Autores reputadísimos como Ribot, Ardigó, Sergi, Morselli, James, Wundt, Janet, Höffding, Sollier, Le Dantec, Bergson, Villa, Stumpf, De Sanctis, Claparède, etc., usan, vuelta a vuelta, el término *conciencia* como equivalente de «personalidad consciente» o para designar el carácter «consciente» de un fenómeno psíquico. Los más de ellos siguen atribuyéndole un valor substantivo... Muchos falsos problemas se resolverán por eliminación cuando los psicólogos aprendan a expresarse en términos exactos. Ciertos enigmas de la antigua Filosofía, quedaran aclarados por el solo hecho de plantearlos bien».

Creemos que lo trascrito es de suma importancia para el mejor conocimiento de Ingenieros. No perdamos de vista el criterio experimental y rigurosamente científico que aplicaba al estudio de los fenómenos psicológicos y tendremos la clave de su posición en el campo de las especulaciones abstractas, es decir, en el campo de la Filosofía. Ingenieros no era un filósofo, en el sentido clásico de la palabra. Ingenieros era un hombre de ciencia, amante de la verdad demostrada experimentalmente, y nunca conforme con el saber adquirido. Esta inquietud mental, este afán incorregible de obtener siempre una mayor suma de conocimientos, le había conducido, en estos últimos años, a ocuparse de Filosofía. Pero, al hacerlo, Ingenieros no se había despojado del acopio de conocimientos científicos adquiridos en las disciplinas mentales donde el análisis, la observación y el experimento son los mejores auxiliares para investigar la realidad. Para él el pensamiento filosófico no era una elaboración abstracta de la inteligencia, sino un producto natural de la experiencia que va incesantemente conociendo, o, por lo menos, develando la realidad de muchos fenómenos. Consideraba a Protágoras, Sócrates, Platón y Epicuro como «simples casos para el estudio de la más alta función psíquica: la imaginación creadora». «Ellos fueron, decía, relámpagos en épocas de forzosa penumbra;

más lo fueron relativamente, porque la Ciencia es una función social que el hombre sintetiza, pero no crea de la nada». Estas ideas, vertidas ya hace algunos años, se encuentran corroboradas en su libro, «Proposiciones relativas al porvenir de la Filosofía», cuando expresa: «En el pasado las hipótesis han podido formularse como *verdades* fijas, definitivas y perfectas porque no se afirmaba su fundamento experiencial; en el porvenir deberán concebirse como *aproximaciones* perfectibles, pues siendo variable el conocimiento experiencial, tienen que serlo las hipótesis inexperienciales que lo tomen como punta de partida». Y en una nota aclaratoria se lee: «Hace diez años, refiriéndome a la posible constitución de una filosofía científica, como pura y simple «metafísica de la experiencia», he expresado que solo la concebía como sistema de hipótesis fundado en las leyes demostradas por las experiencias particulares, para explicar los problemas que exceden a la experiencia actual o posible. Será un sistema en formación continua; tendrá métodos, pero no tendrá dogmas. Se corregirá incesantemente conforme varíe el ritmo de la experiencia. Elaborada por hombres que evolucionan en un ambiente que evoluciona, representará un equilibrio inestable entre la experiencia que crece y las hipótesis que se rectifican». «No podría escribir hoy, recalca, palabras que expresaran más correctamente mis ideas sobre este punto».

Lo que antecede nos da una idea, sino perfecta, por lo menos aproximada del criterio con que enfocaba los problemas de Filosofía. Era, como ya dejamos señalado en otro lugar de este artículo, el criterio del hombre de ciencia, que no pudiendo aceptar la *Verdad comprobada*, como término absoluto y final del saber humano, daba a ésta un valor relativo y se aventuraba en el campo de las hipótesis metafísicas. Como se habrá observado, dividía éstas en legítimas e ilegítimas, según fueran o no susceptibles de resistir el contraste de un riguroso examen crítico. Aceptaba las primeras y desechara las segundas. Para él, la Filosofía, no debía ser otra cosa que una Metafísica compuesta por las hipótesis inexperienciales. Tanto las ciencias psicológicas, como las demás ciencias, dejarían a la Metafísica el estudio de los problemas que excedieran a sus experiencias respectivas. «Todas contribuirán, decía, a enriquecer la Metafísica, que será así un verdadero sistema integral de hipótesis explicativas de los llamados enigmas del Universo». Tal como él la concebía, la Metafísica, constituida en *toda la filosofía*, comenzaría a elaborar sus hipótesis en el punto en que *todas las ciencias* «fijaran el límite de sus horizontes experienciales». «No habrá, afirmaba, dos verdades contradictorias, sino un sistema armónico de verdades perfectibles y de hipótesis legítimas, incesantemente renovables».

Un somero examen de las opiniones extractadas, nos indicará que Ingenieros, en materia científico-filosófica era un «Relativista». De acuerdo con su concepción biológica del mundo y de la vida, creía que en ésta y en aquélla todo se renueva y perfecciona. Era un convencido de que este fenómeno de renovación constante, tanto en las



manifestaciones de la vida orgánica, como en las mas altas esferas del pensamiento, se producía en un sentido ascendente, de progresiva continuidad. Por eso, Ingenieros, era, también, un «Optimista». En esta doble condición de «relativista» y «optimista», residía, posiblemente, su maravilloso dinamismo cerebral.

Su fe optimista en la «perfectibilidad humana», inducía a ser un gran amigo de la juventud. Pensaba que en ella se encontraba «la fuerza renovadora más digna de confianza». Cada nueva generación contenía, en su concepto, nuevos gérmenes de perfeccionamiento moral y social.... Para él, los jóvenes, eran la única esperanza de la humanidad, de la cultura, del progreso en sus mas altas manifestaciones. Por eso eran, para ellos, sus mas sinceras y sentidas palabras.

He aquí con que sagrada unción los exhortaba:

«Respetad el pasado en la justa medida de sus méritos, pero no le confundáis con el presente ni busquéis en él los ideales del porvenir: no es verdad que *todo tiempo pasado fué mejor*. Mirad siempre adelante, aunque os equivoquéis: mas vale para la humanidad equivocarse en una visión de aurora, que acertar en un responso de crepúsculo. Y no dudéis que otros, despues, siempre, miraran más lejos; para servir a la humanidad es necesario creer que *todo tiempo futuro será mejor*».

Quien tal pensaba, quien tal escribía, prodigando, para bien de la cultura americana, el

fruto de sus meditaciones y de su saber, ha dejado de existir. La naturaleza, ciega a veces en sus designios, suele cometer errores. Este es uno. En virtud de él, la juventud estudiosa de América, está de duelo. No es para menos. Con la muerte de Ingenieros no solo ha perdido a un gran maestro: a perdido, además, un gran amigo.

¿Qué debe hacer? ¿Llorarlo? No. Eso no es de varones fuertes. El mejor tributo que la juventud puede rendir a su memoria es continuar su obra, siguiendo, estrictamente, aquel consejo consiguado en uno de sus interesantes ensayos, cuando dice: «Cada generación debe repensar la historia. Los hombres envejecidos se la entregan corrompida, acomodando los valores históricos al régimen de sus intereses creados: obra es de los jóvenes transfundirle su sangre nueva, sacudiendo el yugo de malsanas idolatrias. La historia que de tiempo en tiempo no se repicusa, va convirtiéndose de viva en muerta, reemplazando el zigzag dramático del devenir social con un quieto panorama de leyendas convencionales».... «La juventud de los pueblos nuevos debe vivir en tensión constante hacia el porvenir».

Hágase esto y se rendirá el mejor y más noble homenaje a que, en vida, se hizo acreedor el maestro desaparecido

J. L. MORENZA.

---

## EL RENACIMIENTO DEL AMOR DIGNIFICACIÓN DE LA MORAL FAMILIAR

Es sabido que la muerte sorprendió a Ingenieros cuando preparaba un libro de carácter sociológico sobre el amor. Felizmente el material con que sería compuesto ese libro, es, en gran parte, conocido: fué publicado, en forma de ensayos, en la «Revista de Filosofía». De uno de esos ensayos, y como homenaje al talento del gran escritor, extrañamos algo que viene a ser el resumen o conclusión a que llega despues de estudiar la evolución de la familia en los diversos estadios de civilización que han precedido al que nos toca vivir. Como se verá, Ingenieros sienta conclusiones científico-sociológicas sumamente atrevidas e interesantes. Su realización integral, comportaría una profunda y revolucionaria transformación del Derecho, en lo que tiene atinencia con la organización familiar. En este, como en todos sus escritos, muéstrase el hombre insaciable, progresista, que, insatisfecho con el presente, mira siempre hacia el porvenir, seguro de que en él será dable encontrar una mayor suma de perfeccionamiento social.

LA REDACCION.

Es inconcebible que tales perfeccionamientos jurídicos de las relaciones domésticas, encaminados a humanizar el matrimonio y dignificar la familia, no determinen una evolución benéfica de la moralidad. La opinión de la mayoría tendrá que apartarse gradualmente del criterio ancestral que hace mirar la esposa, los hijos y el conjunto doméstico como una propiedad privada del hombre (1).

---

(1) No entramos a considerar aquí el actual reinado de la mujer en la vida humana, pues se limita a un círculo, casta o clase en que existe una moral adaptada a condiciones privilegiadas. La tiranía de la «Dama», o de la «Señora», está ya admirablemente bosquejada, desde Shopenhaur. Nosotros nos ocupamos de la Mujer, que existe en la proporción de mil a uno con relación a la «Dama». La preeminencia doméstica y mundana de la «Dama» es un resultado natural de sus originarios privilegios de clase y de la dote que suele aportar al matrimonio; para ella subsisten una especie de potestad matriarcal que la compensa de su incapacidad civil y un derecho práctico de poliandria que la libera de la esclavitud matrimonial. Por eso la «Dama» es antifeminista; su situación privilegiada de hecho, la induce a despreciar una situación justa de derecho. Considera que no le conviene ni la necesita, lo que individualmente es exacto; no piensa, en cambio, que podrán necesitarla sus hijas, si les toca vivir en una sociedad que les reconozca derechos dignificadores, pero excluyentes de todo privilegio incompatible con la justicia social. (Nota del autor).

En todo tiempo las modificaciones jurídicas del régimen familiar se han adelantado al cambio de opinión de la mayoría. La ley ha precedido a la moral corriente; ha sido dictada contemplando situaciones de hecho creadas por una minoría, cuando los intereses de ésta han sido respetables. Por ese motivo las transformaciones que se están operando en el derecho contemporáneo conservan ante la moral corriente el carácter de «inmoralidades»: baste pensar que el Papa León XIII no vaciló en imponer a todos los católicos la obligación de considerar como un simple concubinato el matrimonio celebrado de acuerdo con las leyes civiles.

En todos los pueblos cristianos la gran mayoría de los hombres y mujeres está completamente domesticada y considera inmoral todo lo que tienda a atenuar la domesticidad; la opinión pública aconseja soportar en silencio los peores dramas que pueden ensombrecer la vida familiar, antes que incurrir en las sanciones morales que acompañan siempre a un escándalo. Los que osan reclamar y acogerse al nuevo derecho constituyen una audaz minoría, consciente de que la inmoralidad está en acentuar costumbres contrarias al bienestar y la dicha buscadas en el matrimonio. El divorcio, la simple separación de bienes y personas, son hechos consagrados por la legislación civil, pero todavía rodean a los cónyuges de una atmósfera de desconcepción e inmoralidad, equivalente, si no superior, a la que pesa sobre una infidelidad conyugal discreta. La mayoría se escandaliza más cuando dos cónyuges se divorcian, que si viven juntos teniendo su amante y su querida respectivos. Falta agregar que la separación de los padres pesa como un estigma sobre los hijos, que viven moralmente descalificados, como los ilegítimos.

\* \* \*

Son visibles, pues, las trabas que la moral pone a la evolución jurídica de las relaciones domésticas. Pero sería de ciegos, a la vez, negar que la moralidad, aunque con lentitud, se transforma. Las nuevas costumbres, impuestas a la mujer por la sociedad moderna y acentuadas por la gran guerra, han roto la rigidez de ciertos dogmas propios de la familia patriarcal. El juicio de la mayoría no es hoy el mismo que hace treinta años: ciertos valores éticos se han modificado. Muchas

«inmoralidades» de ayer se consideran actualmente «morales»; muchas normas de conducta que se reputaban «morales» se juzgan hoy «inmorales», y aún «delictuosas». Las solteras y las casadas hablan ya libremente de ciertos derechos que hace medio siglo no podían nombrar sin que se les declarase inmorales.

Esta evolución de las costumbres, contraria al privilegio de los hombres, ha impuesto nuevos criterios a la educación moral. ¿Quién se atrevería hoy a considerar «inmoral» a una mujer que frecuenta una escuela, un instituto secundario o una Universidad? ¿Quién podría proclamar «inmorales» las escuelas primarias mixtas, únicas posibles donde la población escolar es poco densa? A la mujer se le ha reconocido el derecho a la enseñanza, antes reservado a los varones; ninguna madre de este siglo podría pretender hoy que es «inmoral» enseñar a leer a sus hijas, como creían sus propias abuelas.

La instrucción obligatoria y gratuita por el Estado es el factor más importante de transformación de la moral doméstica; la dignificación de los individuos de ambos sexos habría sido imposible sin sustraer los niños a la embrutecedora educación doméstica. La escuela ha convertido a los niños en seres sociales, les ha enseñado que la obligación y la sanción no están limitadas a la familia, sino extendidas a la sociedad. Los hijos, además de sus clásicos deberes para con Dios y para con sus padres, han aprendido que tienen deberes para con la sociedad, deberes que engendran derechos correspondientes, de orden público y privado. De esa manera la moral se ha perfeccionado, elevándose del mezquino rango doméstico al amplio rango social.

La solidaridad social es más generosa que la doméstica. Ya no se limita a los consanguíneos de la gens o del clan; se extiende a todos los ciudadanos de la sociedad, garantizada por el Estado. Por ese camino se va andando. Será lenta la transformación de la moral doméstica propia de la familia patriarcal, pero no se conciben factores capaces de detenerla en su estado actual, ni parece posible una regresión. Los hijos del patriarcal serán, cada día más, los ciudadanos de la nación. El culto familiar de los antepasados seguirá convirtiéndose en culto nacional de los grandes hombres. La extinción de la ética de la gens patriarcal será una consecuencia progresiva del desarrollo de la ética de la sociedad nacional.

## LA SELECCION NATURAL DEL AMOR

Cuando lleguen a predominar los factores favorables al renacimiento del amor, la naturaleza misma se encargará de obtener los resultados que persiguen los eugenistas. Suprimidas las trabas sociales al derecho de amar, los hombres y las mujeres recuperarían su capacidad de elegirse recíprocamente para unirse en matrimonios

de amor. La selección sexual se restablecería en las sociedades humanas. Los mejores hombres y las mejores mujeres se elegirían entre sí, con el fin de reproducirse; los deficientes de ambos sexos podrían acercarse para satisfacer sus deseos instintivos, pero su menor prolificidad, y las desventajas de su prole en la lucha por la vida,



determinarían la selección natural (2). Es de presumir, por otra parte, que la extensión progresiva de la cultura inspiraría a la mayoría de los deficientes una justa reserva ante el peligro de engendrar hijos malsanos, lo que podría crearles una responsabilidad ante la sociedad solidarizada en su crianza y educación.

Suprimiendo las razones de conveniencia social que presiden hoy al matrimonio, el amor influiría cada vez más en la elección de los cónyuges. Eliminando la domesticidad, que tuerce las tendencias naturales del instinto de reproducción, el amor sería el único vínculo entre cónyuges no forzados a convivir, por la necesidad o por la ley. El matrimonio efectuado por amor duraría tanto como el amor.

\* \* \*

La nueva educación moral devolvería al ideal de amor y a la ilusión de amor su primitiva significación selectiva y eugénica. Las deformaciones que el ideal y la ilusión han sufrido, al ser adecuados a la familia y al matrimonio, podrían corregirse cuando se extinguiera la domesticidad. La actual educación para el sacrificio familiar sería reemplazada por una educación para la

(2) Esto presupone la extinción de los privilegios sociales que sobrevienten actualmente la lucha por la vida, permitiendo la supervivencia de las proles deficientes o degeneradas. El predominio de los individuos más aptos sería tan inevitable en la especie humana como en las demás, si no existieran condiciones perturbadoras de carácter social, que determinan varias formas de selección regresiva, demasiado notorias. (Nota del autor).

JOSÉ INGENIEROS.

## AGUA FUERTE

Aquella mañana de primavera estaban de yerra en la Estancia «Los Talas». El cielo era de un azul profundo y el sol derramaba clarinadas de vida sobre la brillante planicie uniforme. Y así resultaba hermoso el espectáculo aquel: color y movimiento, línea y nerviosidad.

Mucha gente había llegado a la Estancia. Vecinos comedidos, puebleros curiosos; peones, enlazadores, domadores. Todos estaban allí, en aquella luz milagrosa y sobre el campo florecido.

Se aplaudía, se gritaba, cuando los poderosos animales rodaban al tirón seco del lazo o aprisionadas las patas por el certero pial.

Desiderio,—peón hirsuto, medio-indio, medio-mulato, fornido, grande, ágil,—volvió grupas a la reunión. Explicó a al-

guien que había de arreglar unas guascas del recado, y se dirigió hacia las casas (distantes de allí dos o tres cuadras) al galope corto de su picaso. En el semblante del gaucho campeaba una sonrisa de malicia.

Cuando llegó, observó en la cocina a la vieja Petrona, (criada antigua de la Estancia, buena, servicial, honrada), preparando el almuerzo, atareada; pensó que Marcelina, su hija, estaría sola en las habitaciones, y hacia allá se deslizó Desiderio en silencio. Toda la demás gente se hallaba fuera, y no podía ser visto desde la cocina. Marcelina estaba inclinada sobre una cama, que arreglaba, con las fuertes caderas ensanchadas por la posición. Al sentir rumor de pasos, se volvió. Era una moza redonda y sana,

felicidad de amar. El ideal de amante sustituiría al ideal de esposo; el matrimonio tendría un símbolo en la pareja de tórtolas que canta frente al sol animador y no en la yunta de bueyes que tira mansamente del carro familiar.

Es concebible que en un nivel superior de cultura los seres humanos pondrían más altos sus ideales. La mujer redimida de la esclavitud y el hombre emancipado de la domesticidad concebirían cada vez menos imperfecto su ideal.

Hoy mismo el ideal de cónyuge difiere mucho entre un labriego y un clubman, entre una beata y una estrella de cine; todo obliga a pensar que una nueva educación, adecuada a las futuras relaciones familiares, elevará considerablemente el ideal amoroso de los individuos, aproximándolo a las verdaderas conveniencias eugénicas. Sobre las ruinas de la selección doméstica y matrimonial, renacerá nuevamente la selección sexual, poderosamente fortalecida por el sentimiento electivo individual, por el amor.

La humanidad podrá superarse a sí misma cuando el derecho de amar sea restituido a su primitivo rango natural. Un nuevo prodigio selectivo podrá acelerar el mejoramiento de la especie en algún pueblo cuyos individuos sepan amar conforme a un ideal eugénico más elevado. Renacerá entonces la posibilidad de que el amor determine una nueva variación ascendente de la especie, que engendre una humanidad de seres tan superiores al hombre actual como éste lo es a sus antepasados simioideos.

con sus diez y ocho años reventando por una boca carnosa y roja. Sorpresa y temor denunció aquel rostro hermoso. Recostada ahora contra la mesa de noche, esperó. Aquel hombre la codiciaba hacía tiempo. Siempre había rechazado sus exigencias. Ella sentía repugnancia física por aquella naturaleza salvaje y brutal. Ya conocía sus fuerzas.

Desiderio la contemplaba ávidamente y sonreía mostrando unos dientes fuertes, negros de tabaco. Al cabo de un momento, ella articuló:

—¿Qué querés?...—aunque ya lo sabía. El avanzó, cauteloso.

.....Pero el grito aquel no podía escapar a la vieja Petrona aunque hubiera estado a mucha mayor distancia. Corriendo, golpeándole las chancletas en los pies desnudos, atravesó el guardapatio. El indio había abandonado su presa al sentir ruido. Tenía el rostro arañado. Petrona, al ver a su hija sentada en el borde de la cama, los cabellos en desorden, los ojos muy abiertos y brillantes de lágrimas, comprendió. Fué a ella, y casi sin voz, sofocada:

—¿Qué te hizo ese sarnoso?...

—¡Me quería abrazar... me quería besar!...—lloraba la moza. La madre se volvió hacia Desiderio, que se retiraba receloso, y le escupió una palabra sucia.

Después agregó:

—¡Andá nomás, gallina!... Ya las vas a pagar! No te verás en ese espejo!... Sarnoso!... Mulato!...—Mientras aca-

riciaba a Marcelina con infinita ternura.

—Deje nomás, m'hijita... no llore! Dejeló nomás que ya las va pagar!... No ha sido nada... ¡pobrecita! nada más que un susto!...

Se volvió de nuevo hacia la puerta, por donde había salido el gaucho, y amenazando con el puño:

—¡Bandido!... con la pobre inocente!...

Cuando Desiderio volvió a la yerra luego de lavarse cuidadosamente la cara, se trataba allí de voltear terneras a brazo. Era aquello un concurso de coraje, de fuerza y de habilidad.

Uno de los bichos, hermoso animal pampa, había resistido ya a dos gauchos de los más fuertes. Al ver llegar a Desiderio todos prorrumpieron en exclamaciones, animándolo, pues tenía fama de guapo y fornido. El, tranquilo, sin titubear, desmontó, y se dirigió hacia la ternera que, aprisionada por tres lazos, esperaba el ataque, nerviosa, los músculos temblantes bajo la brillante piel. El gaucho la tomó de las guampas, y poco a poco, con poderoso esfuerzo, fué doblándole la cabeza, hasta que, vencida, la tumbó de costado, las patas al aire, los cuartos luciendo al sol.

Y en medio de los aplausos y gritos de los espectadores, Desiderio susurró, mohino aún, sentándose pensativo sobre la cabeza del bicho:

—¡Ansina me las dieran todas, canejito!...

JUAN MARIO MAGALLANES.

## E X E Q U I A S

Le daban tierra a aquella pobre muerta, y mis ojos volaron por encima de las tumbas, hasta un arco de la playa, en donde, una casita púrpura anudaba la blanca arena con la mar azul.

Allí en aquella playa, aún insepulto, asperjado de sol y agua marina, yacía el cadáver de mi mocedad!

JUNIO AGUIRRE.



# HABLANDO CON EL PINTOR ARZÁDUM



## AUTORRETRATO

un estado dinámico, para hacer economía de energía, y emplearla en lo puramente racional y necesario.

—¿Podría concretar algo estas apreciaciones?

—Quiero decir con lo que antecede, que me es difícil por lo extenso, enunciar los principios defendidos por arquitectos tan interesantes como Le Corbusier Laugier en su obra «Hacia una nueva arquitectura», y cuyo ante-proyecto para una construcción de Ciudad moderna de tres millones de habitantes, llama justamente la atención en el pabellón de «L'esprit nouveau». De la misma manera, en el conjunto del mueblaje interior decorativo—tapices, etc. pintura, escultura,—se tiende a una estilización y sobriedad arquitectural de armonías de conjunto en sus proporciones bien calculadas y en su colorido supeditado a una estricta armonía. Puedo citar en este sentido el interior de una embajada francesa instalada en la «Cour des métiers»; el pabellón «Du collectionneur» (Groupe Ruhlmann), como más suntuosos, y otros que presentan los pabellones extranjeros, como así mismo cantidad de objetos, bibelots, etc. trabajos en metales, grabado, repujado; en cristales, esmalte, grabado repujado; en madera, en estaño, en forma de retablos; trabajos en encuadernación; cofres de metal esmaltados; encajes y telas de decorado nuevo, y cantidad de diversos objetos en los pabellones de Austria, Checo Eslovaquia, Suecia, Holanda,

Suiza, Bélgica, y en todas las industrias francesas.

—Podría citar algunas instalaciones interesantes de la Exposición?

—Entre los edificios notables como acierto de conjunto, puede citarse el teatro por los arquitectos Perret y Granet. Como solución interior, el del Grand Palais, por Letrosne; y de decorado exterior, la entrada o puerta «d'honneur», de Pavier y Ventre, arquitectos, y Edgar Brandt, ferronnier. No cito más excelentes construcciones, por no extender el asunto, pues son dignas de citarse con detalles, la construcción de cemento armado de Mallet Stevens, torre del turismo, el pabellón de la elegancia, el de Suecia, el de Dinamarca, el de Mónaco y el de Holanda; el de Checo Eslovaquia, el de la manufactura de Sevres, con sus monumentales vasos de grés. También se destacan la gran puerta de entrada por la plaza de la concordia y la delicada y airosa fuente de Lalique; los pabellones de las grandes casas de París, Galerie Lafayette, Printemps, etc.

—Cuales son las esculturas que a su juicio merecen destacarse del conjunto?

—Colocada frente al gran Palacio, La France, de Bourdelle, que debió ser colocada a la entrada de la plaza de la Concordia, y cantidad de figuras de escultores, casi todos excelentes artistas. Por su construcción arquitectónica y monumental, algunas polícoras, que ya en fuentes o figuras decorativas aisladas, dan gracia y poesía a los jardines. Para citar nombres: Janot, que tiene un delicado y airoso grupo de mujeres y un ciervo frente al pabellón Ruhlman; una figura arcaizante, polícroma, de cuyo autor no recuerdo el nombre; otro grupo de dos figuras de mujer; Mateo Hernández, español, tiene en el jardincito del pabellón de su país, varios animales tallados en granito negro, y por último, en la fuente de la «douce France», hay bajo-relieves de lo más moderno como concepto escultórico decorativo: uno de ellos debido al argentino Curatela Manes, y otro a Jean Martel, francés, que son los mejores. Hay un tercero, pero no lo considero a la altura de estos, así como cantidad de grandes y pequeñas composiciones que juzgo menos interesantes.

—Puede decirnos algo sobre la exposición pictórica?

—En pintura, hay en varios pabellones aplicaciones decorativas originales. Exterior, como especie de esgrafiado blanco y negro en el pabellón Mónaco; y un solo color, pabellón «del guante»; el afresco en el frente de otros pabellones, sección Holandesa, y otras; grandes composiciones en el patio de la Cour de Métiers, que no armonizan ni tienen el estilo de las composiciones «Una escena de caza», del interior de la Embajada de Francia, o del interior del gran pabellón de la industria vinícola francesa; digna de citarse como armonía de colores es la cámara dormitorio de la Embajada, cuyos muebles, tapices, cortinados, muros y cuadros de Marie Laurencin, es lo más fino de cuanto he visto. Hay en la Porte d'Orsay, un cartel monumental, decoración cubista, de L. Voguet, muy bueno. El interior del salón de fiestas del Grand Palais, con grandes pinturas de Jaulmes. Los paneau que decoran el pabellón Fontaine, de Paul Vera, de los más

interesantes como color y dibujo, y de una gracia bien moderna. Merecen citarse, en gobelinos, dos de Madame Peugniez, de la más armoniosa coloración para el tapiz, y otro hecho en la escuela de una de las provincias de Francia. En cambio, en la factura de gobelinos, los grandes tapices no me gustaron. Hay otros pequeños, diseminados en la Classe de Textiles, reproduciendo vasos de flores de Flaudrain, que son mas modernos y armoniosos. En cerámica, debo citar la sección moderna de la manufactura de Sevres, sobre todo un tema pictural-cubista de Fontaine muy armonioso y brillante que adorna una de sus paredes. Además, lucen vasos con coloraciones grises y modernas figuras estilizadas. En la Sección moderna de Copenhague y en el interior del pabellón Ruhlman Lenoble hay cerámica muy buena. En el pabellón «La Stele», de Golds Cheider, platos, vasos, etc. y en Grand Palais, la cerámica blanca del atelier Primavera y la de otras varias casas. En vasos de metal, hay verdaderas obras de gusto y arte de Linossier, de Jean Dunaud. Lámparas de luz difusa de hierro y alabastro, de Lalique y otros artistas. Hay tejidos proyectados por celebrados pintores, para tapizar paredes, muebles, etc. La moda, con sus maniqués estilizados, verdaderas creaciones; el vitrail en blanco y colores, el hierro forjado en mil sutiles composiciones interiores del pabellón de la Elegancia, puertas, balcones, espejos, consolas, lámparas, anuncios, adornos, letras, etc. todo trabajado con un arte exquisito.

—¿Otras derivaciones notables?

—El libro, el grabado en madera, la encuadernación, la maravillosa combinación de materiales; el afiche en las diversas lecciones; el teatro; el decorado arquitectónico y sobrio de los rusos, sus trajes cubistas, sus muñecos de madera pintada. El decorado y el arreglo de jardinería y fuentes luminosas; de las peniches o grandes barcas que en el Sena sirven de restaurant, salones de baile y lugares de esparcimiento. En los pabellones de las escuelas de Francia además del trabajo técnico de escuelas industriales, su aplicación artística moderna se encara con intenciones de continua renovación: así, instalaciones de confort moderno con muñecas, almohadones, tapices, decorado de paredes, afrescos; vasos tallados, repujados en metales, modas, sombreros, sombrillas etc. hechos en las escuelas primarias con lanas, sedas, cuero, cartón, tejidos, paja, mimbre, cuentas de vidrio, madera, metal, colores, etc. Claro está que he enumerado de una manera muy escueta, solamente para dar una idea de la variedad interesante de temas tocados, sin detenerme a comentar detenidamente ninguno. Por otra parte, se me olvidan infinidad de detalles, que, agregados a lo que no he visto,—pues aquello es enorme y a pesar de las numerosas y largas visitas que hicimos no alcanzamos a verlo todo,—quizás quiten a estas apreciaciones una armonía de conjunto que sería necesaria para los que no han visto la exposición.

Además de ver, Arzadum trabajó en París. Prueba de ello son las diez simpáticas y hermosas telas que expuso en lo de Moretti, y de las que nos ocupamos en otro lugar.



## TRES POETAS FRANCESES NACIDOS EN MONTEVIDEO

### EL CONDE DE LAUTRÉAMONT

He aquí que una nueva escuela literaria,—la «Super-realista»—acaba de hacer brotar como flor exótica de áspero y misterioso perfume, un viejo nombre casi desconocido que surge de nuevo al conjuro de impacientes anhelos desde la sombra espesa en que yacía: el Conde de Lautréamont. Doloroso y triste y negro,—con negrura de luto infecto,—es todo lo que evocan esas sílabas casi cabalísticas que hay que pronunciar ahuecando la voz y dándoles una entonación orda y grave. ¡El Conde de Lautréamont! Hombre o incubo, la memoria se afina para descubrir un eco de su vida o de su obra, y se vuelve fatigada de largas exploraciones por secos y áridos eriales. Nada, sin embargo las generaciones recientes de artistas que asordan los alegres cafés de Montparnasse, han proclamado a Lautréamont precursor de la nueva poesía, Dios del nuevo culto, en el cual se erige en Trinidad junto al pobre Rimbaud y a Mallarmé, el hermético. Mallarmé, Rimbaud, Lautréamont, he ahí el Padre, el Hijo y el Santo Espíritu de la nueva religión que florece, ¡cuando no!, en las ilustres orillas del Sena, mientras Tristan Tzará asiste impasible a los estertores de su «dadaísmo», payaso roto y desinflado de tanta pírueta y exhausto de tanto grito.

Si la nueva escuela proclama orgullosamente «la creencia en la realidad superior de ciertas asociaciones desdeñadas hasta la fecha, en la omnipotencia del sueño y en el juego desinteresado del pensamiento»; si es, como se define en el último manifiesto: «automatismo psíquico puro, por el que se propone expresar, sea verbalmente, sea por escrito, sea de cualquier otra manera el funcionamiento real del pensamiento, en ausencia de todo contralor ejercido por la razón e independiente de toda preocupación estética o moral, ¡a quien clasificar dentro de sus límites con más exactitud que a Lautréamont cuyos libros son un desfile continuo de siniestras visiones irreales amasadas en torturantes procesos psicológicos? Hoffmann, Poe, Beaudelaire y el mismo Rimbaud resultan a su lado discípulos tímidos e indecisos, pálidos seguidores de Lautréamont que se mueve fácil y hasta elegantemente entre una niebla poblada por los más diabólicos engendros. Desde Buenos Aires, y a través de Remy de Gourmont y de Leon Bloy, Darío lo proclamó, hace ya bastantes años. Y de él dijo: «El Bajísimo le poseyó, penetrando en su ser por la tristeza. Le dejó caer. Aborreció al hombre y detestó a Dios. En las seis partes de su obra sembró una Flora enferma, leprosa, envenenada. Sus animales son aquellos que hacen pensar en las creaciones del Diablo: el sapo,

el buho, la víbora, la araña. La desesperación es el vino que lo embriaga. La prostitución es para él el misterioso símbolo apocalíptico, entrevisto por excepcionales espíritus en su verdadera transcendencia. Como a Job le quebrantan los sueños; como Job puede exclamar: «mi alma es cortada en mi vida; yo soltaré mi queja sobre mi y hablaré con amargura de mi alma». Pero Job significa «el que llora» y el pobre Lautréamont no llora. Su libro es un breviario satánico impregnado de melancolía y de tristeza».

Isidoro Luciano Ducasse—Conde de Lautréamont en literatura,—nació en Montevideo, el 4 de Abril de 1846, en la época del gran sitio, de padre francés natural de Tarbes. La casualidad quiso que ese escritor rarísimo viera por primera vez la luz en América, de la que no se encuentra sino algunos ecos casi imperceptibles en su obra. Bien es verdad que esa obra no es muy numerosa y que solo se sabe que haya escrito dos libros: «Cantos de Maldoror», publicado en París de 1868 y «Poesías», aparecido en 1870. Su muerte se produjo en París el 24 de Noviembre de 1870. Joven pues, muy joven, desapareció sin que nadie haya ofrecido de su vida datos que son corrientes en la mayoría de los escritores. No frecuentó ningún cenáculo en aquella época hirviente en que parnasianos y simbolistas recogían la herencia que les dejaba el romanticismo moribundo. Ni un solo amigo escribió sobre él, ni nadie se dio por aludido cuando su nombre emergió del abismo como un monstruoso diamante. Su vida transcurrió en el mayor silencio y cuando se extinguió nadie pareció apercibirse de la catástrofe. Sus contemporáneos lo ignoraron absolutamente. Fué Remy de Gourmont quien desde su retiro de anacoreta lo descubrió, maravillado, treinta años después de su muerte. Mas tarde Leon Bloy, el blasfemo, tuvo para su memoria palabras húmedas de admiración y de caricia. Pero sus obras no se hicieron populares ni lo serán nunca. Solo unos cuantos espíritus selectos podrán gozarlas en el silencio de los gabinetes, a solas con el gran atormentado que se complace en imaginar un mundo emancipado de la inflexibilidad de las leyes físicas y morales. Después de un minuto de notoriedad, en el albor de nuestro siglo, en que recibió el incienso de ardientes devotos fraternos en oscuras capillas, su nombre cayó en el olvido, sepultado bajo el tintineo de otros nombres sonoros que encendían en las bocas juveniles la armoniosa fiebre de los versos. Lautréamont desciende así, por segunda vez a la fosa. Y sale de nuevo ahora, ante el ¡resurrexit! imperioso, armado como un vencedor, con ímpetu de volcán, aplastador como



# lautréamont

Xilografía de Adolfo Pastor



un insulto, gallardo como una bandera. ¿Por cuanto tiempo?

Paul Dermée, uno de los más positivos valores de la juventud literaria de Francia ha tomado a su cargo, con otros pocos cruzados de su mismo brio la consagración y la rehabilitación de Lautréamont. Para Remy de Gourmont, el poeta montevideano era un caso patológico. «Era,—dice,—de una originalidad furiosa e inesperada, un genio enfermo, y hasta, francamente, loco. Los imbéciles se vuelven locos y en su locura la imbecilidad permanece recogida o agitada. La locura de un hombre de genio es, a veces, el genio mismo. El fruto se ha estrellado al caer pero ha conservado todo su perfume y todo el sabor de la pulpa apenas demasiado madura». Pero sus admiradores de hoy no aceptan ya tan fácil e incompleta explicación. Armados por Bergson y Freud, han ido a buscar en lo subconiente y en el psicoanálisis luz para tales tinieblas y aunque no han hallado la verdad, afirman, como el erigente al referirse a Dios, que la sienten. Dermée habla: «estamos frente a una obra de lo más desconcertante, como el aerolito, fragmento de un astro de diamante caído en una noche sagrada en medio de la plaza pública. Una leyenda inventada, según parece, para explicar su obra, pretende que Lautréamont murió loco. Nada de eso. Nada más evidente, por otra parte, que la exasperación lírica de los «Cantos de Maldoror» secretamente nutrido siempre por un pensamiento profundo; que la argumentación crítica, irónica y dialéctica de las «Poesías», atestiguan una salud intelectual de las más sólidas y un equilibrio mental de los más seguros. El tono extraño y vehemente de los «Cantos» es la expresión de una fuerza lírica servida por una riqueza verbal inaudita. Un alma de llamas se apasiona en el espectáculo del mal, de la hipocresía y del crimen. Lautréamont, flagela ferozmente las grupas viciosas, los espíritus serviles, los rostros ambiguos, los vientres monstruosos, y su elocuencia superhumana tiene los acentos de los profetas de Israel y del Dante, vengador de Dios! ¿Que puño! ¿Como sacude a todos los titeres del crimen! ¿Como eleva hasta lo trágico más sublime sus visiones infernales! En el arrebatado de su ímpetu dramático parece a veces identificarse a la furia de su héroe y experimentar las voluptuosidades nocturnas del vampiro!».

Son esos «Cantos de Maldoror» los más conocidos, los que han dado a Lautréamont su fama y los que le han valido su triunfo ante la actual generación de la poesía francesa. En ellos todo es extraño y anormal, como humo de pesadilla, fantasmagórico y escalofriante. Maldoror se encuentra sólo en el mundo. «Buscaba un alma parecida a la mía, y no la podía encontrar. Busqué por todos los rincones de la tierra pero mi perseverancia fué inútil. Sin embargo yo no podía estar sólo...!» Un naufragio al que asiste con la indiferencia de quien contempla un espectáculo que no le atañe en nada, le da la ocasión para encontrar el compañero ansiado. Alegre, lánzase al mar, entre los cadáveres. Pero lo distrae la llegada de los tiburones hambrientos atraídos por el macabro e inesperado festín. Entre ellos se

destaca una joven hembra particularmente feroz que después de haber devorado su parte en el banquete se lanza sobre los otros tiburones a disputarles la presa. Maldoror, lleno de admiración corre a su auxilio y entre los dos logran vencer a la banda entera que huye abandonando el campo a los dos triunfadores. «Están en presencia el nadador y el gran pez, por él salvado. Se miran a los ojos durante algunos minutos y cada uno de ellos se sorprende de encontrar tanta ferocidad en las miradas del otro. Nadan juntos, sin perderse de vista, diciéndose: yo estaba engañado hasta ahora; he aquí uno que es más malo que yo. De común acuerdo, entre dos aguas resbalan el uno hacia el otro llenos de mutua admiración, la hembra del tiburón cortando el agua con sus aletas, Maldoror abriendo la onda con sus brazos, y retienen su respiración, con veneración profunda deseosos uno y otro de contemplar su viviente retrato. Llegados a tres metros de distancia, sin hacer ningún esfuerzo, cae uno en brazos del otro como dos amantes, se abrazan con dignidad y reconocimiento con un apretón tan tierno como si fueran hermana y hermano. Los apetitos carnales despertaron después de esta demostración de amistad». Ese idilio monstruoso en medio del hervor de una tempestad deshecha está descrito con una fuerza prodigiosa y alucinante: «En medio de la tempestad que continuaba rugiendo, a la luz de los relámpagos, teniendo por himeneo las olas espumosas, transportados por una corriente submarina como en una cuna, y girando sobre ellos mismos hacia las profundidades del abismo, se unieron en un acoplamiento largo, casto y horrible! ¿Al fin había encontrado Maldoror algo que se le pareciera! ¿Ya no estaba solo en la vida! ¿Ella tenía sus mismas ideas y estaba frente a su primer Amor!».

Los perros enloquecidos por la luna, los piojos y los sapos le inspiran cuadros macabros o absurdos en que su imaginación galopa desbocada y en que su léxico no encuentra escollos ni se detiene ante nada: «El viento gime a través de las hojas con notas lánguidas, y el buho entona su grave lamento que hace erizar el cabello a los que lo escuchan. Entonces los perros furiosos rompen sus cadenas y corren por los campos, de aquí para allá, poseionados por la locura. Y se ponen a ladrar contra las estrellas al norte, contra las estrellas al sur, contra las estrellas al este, contra las estrellas al oeste; contra las montañas que semejan a lo lejos rocas gigantes yacentes en la obscuridad; contra el aire frío que aspiran a plenos pulmones y que les pone rojo y ardiente el interior de las narices; contra el silencio nocturno; contra las lechuzas que en su vuelo oblicuo les rozan los hocicos, llevando una rata o una rana en el pico, dulce alimento vivo para los pequeñuelos...». A las Matemáticas: «yo no os he olvidado después de que vuestras sabias lecciones, mas dulces que la miel, filtraron en mi corazón una onda refrescante», y al «Viejo Océano»: «forma armoniosamente esférica que alegra la faz grave de la geometría», canta también en extraños ritmos que no carecen de originalidad y de grandeza. Y deja caer todo su desprecio, su burla, su sátira terrible y corrosiva sobre Dios, a quien

describe, como un blasfemo, con las más sombrías tintas de su paleta.

Pero no se encuentra solo esto en la obra del gran atormentado. No se sabe si los «Cantos de Maldoror» es la obra de un cerebro extraviado y doloroso, o la de un espíritu aristocrático, ahito de las vulgaridades corrientes, que se venga de un modo atroz, o la de un genio satírico lleno de amargura que alza su brazo sobre la humanidad y deja caer sobre ella toda clase de inmundicias. Desgraciadamente del poeta montevideano no queda un rastro, ni un eco, ni un recuerdo, nada que deje ni siquiera sugerir o adivinar el fondo de su pensamiento. No quedan más que sus dos libros desnudos y herméticos ante el homenaje de sus devotos y la cólera de sus detractores. Su segundo volumen, menos importante artísticamente, presenta nuevos atributos: ironía, piedad, indignación, mordacidad. Según su propia confesión no se trata sino del prólogo de una obra que tenía en preparación y que se malogró con él. El propósito—el propósito tan solo—de «Poesías» es llevar a los hombres palabras de confortación, de paz y de serenidad. ¿Pero como lo hace! Busca a los que a su juicio han sido los culpables de la desesperanza y del pesimismo y se empeña en destruirlos, en aniquilarlos, sean cristianos como Pascal, o incrédulos como La Bruyère. Su arrepentimiento se convierte en desahogo y debajo de las flores aparecen afinadas las lenguas de las víboras. No perdona nada de lo que combate, y se complace en decapitar a los elegidos de su odio de un solo tajo, sin permitirse la menor generosidad ni tolerancia. No es ya macabro y horrible, pero sí sarcástico, implacable, desbordado como una gran fuerza sin control que todo arrasa. Toma las sentencias fumosas de los grandes moralistas y las da vuelta con el placer del niño que abre el vientre al pajarillo que robó del nido: «Si la moral de Cleopatra hubiera sido mas corta la faz de la tierra hubiera cambiado y su nariz no se hubiera vuelto mas larga». Se complace en esos juegos impulsados por su afán de deformar las cosas, de crearles aspectos ridículos y repulsivos. «A los que no se dan cuenta—dice Dermée—es necesario mostrar la unidad profunda de la obra de Lautréamont, cuyos dos libros son dos aspectos opuestos, pero perpendiculares al mismo eje. Ese eje es, a no dudarlo, «el problema del Mal». En los «Cantos de Maldoror» lo ilumina ese léxico sorprendente que según el decía, «se nutría de las pesadillas espantosas que atormentan mis insomnios». En las «Poesías» flagela a todos los falsos ídolos del partido del mal, tan dignos de odio como las divinidades hipócritas del partido del bien. Lautréamont no fué nunca, sin embargo, un moralista de discurso académico. Es el azote terrible de un Dios apasionado de perfección».

Pero no es al Lautréamont que aquí se describe al que las jóvenes generaciones literarias parisinas dedican su incienso en el bullicioso culto de los cenáculos. Es mas bien al estilista prodigioso, al multimillonario de palabras sonoras y vivas, ricas en músicas y en matices. Su vino fuerte es ese estilo sin igual, esa «potencia verbal inaudita» de que habla su crítico, que más que ser vehículo

de rarísimas introspecciones parece fuente inagotable de estados de espíritu. Todo el credo de la nueva escuela gira enredor de un ideal supremo: libertarse de la realidad, huir del lugar común, ¡recrear de nuevo al mundo! Y como los hechos están sujetos a la inflexibilidad de las leyes físicas y morales de ahí que se acogen al seno dúctil de la psicología y se dejan conducir por el eco misterioso de las palabras. Pero para ellos las palabras no tienen un simple valor de notas, como para los simbolistas, adormecidos por el suave llanto de los violines bajo la seda de faldas a la Watteau. Palabras que expresen conceptos de excepción, que desorienten y horripilen, o abran bajo nuestras plantas indecisas el vértigo de pálidos abismos. ¿Donde encontrar, en ese orden de ideas, un maestro como Lautréamont? ¿Donde buscar una página como esa en donde parece haber ensayado superarse a sí mismo y en la que dice: «Las perturbaciones, las ansiedades, las depravaciones, la muerte, las excepciones en el orden físico y moral, el espíritu de negación, los embrutecimientos, las alucinaciones servidas por la voluntad, los tormentos, la destrucción, los trastornos, las lágrimas, las insaciabilidades, los sometimientos, las imaginaciones vacías, lo inesperado, lo que no hay que hacer, las singularidades químicas de buitre misterioso que espía la carroña de alguna ilusión muerta, las experiencias precoces y abortadas, las obscuridades con caparazón de pulga, la monomanía terrible del orgullo, la inoculación de los estopores profundos, las oraciones fúnebres, las envidias, las traiciones, las tiranías, las impiedades, las irritaciones, las acrimonias, las agresividades, la demencia, el «spleen», los espantos razonados, las inquietudes extrañas, que el lector preferiría no experimentar, las neces, las neurosis, las rendijas sangrientas por las cuales se hace pasar a la lógica entre ladridos, las exageraciones, la ausencia de sinceridad, las chaturas, lo sombrío, lo lúgubre, los engendros peores que las muertes, el clan de los novelistas de tribunales, las tragedias, las odas, los melodramas, los extremos presentados a perpetuidad, la razón impunemente silbada, los olores a gallina mojada, los embobamientos, las ranas, los pulpos, los tiburones, el sínfin de los desiertos, lo que es sonámbulo, cobarde, nocturno, soporífero, noctámbulo, viscoso, equivoco, tísico, espasmódico, afrodisíaco, anémico, tuerto, hermafrodítico, bastardo, albino, fenómeno de acuario y mujer barbuda, las horas borrachas de descorazonamiento taciturno, las fantasías, las acritudes, los monstruos, los silogismos demoralizadores, las inmundicias, lo que no reflexiona como el niño, la desolación, ese manzanillo intelectual, las llagas perfumadas, las nalgas de las camelias, la culpabilidad de un escritor que rueda por la pendiente del vacío y se desprecia a sí mismo con gritos de alegría, los remordimientos, las hipocresías, las perspectivas de vagar que os destruyen entre sus engranajes imperceptibles, los recios salivazos sobre los axiomas sagrados, los gusanos y su cosquillear insinuante, los prefacios insensatos como los de Cronwell, de la señorita de Maupin o de Dumas, hijo, las caducidades, las impotencias,



las blasfemias, las asfixias, los ahogos, las rabias, ante esas carnicerías que me enrojecen en nombrar; es tiempo ya de reaccionar contra todo lo que nos choca y nos hace inclinarse soberanamente....»

Tal la corriente densa en que van a abreviar su sed de ideal estético las nuevas generaciones de la poesía. Es cierto que sobre sus chambergos airoso, sus discípulos podrán esgrimir la divisa del mismo Lautréamont: «Il n'y a pas rien d'incompréhensible!». Y debe ser así, al menos para ellos. El poeta montevideano se ha colocado de golpe en la categoría de un Dios, al que rinden su tributo de perfumado incienso jóvenes portalirras. Su raro evangelio fructifica en sagradas inquietudes, y su palabra abre escenarios nuevos a la impaciencia de los pies ágiles. No hay duda de que en su literatura extraña y relampagueante se encuentran los más característicos de los elementos que integran la poesía actual, sobretodo ese feroz subjetivismo que excluye del Arte toda realidad tangible y lo diluye en un mundo indeciso y cambiante y sin límites en que se hunden las frentes pesadas de ensueños maravillosos. Nunca, en su corta vida irredenta pudo sospechar siquiera, el pobre Lautréamont, que sus libros llegarían a ser un día lejano los evangelios de una nueva religión de la belleza que en su tiempo ni se presentía. Sobre negro pedestal de granito emergerá indestructible su torso sombrío coronado por la flor monstruosa de una cabeza en que el cabello dibujará una encrepada catarata de furias como en el «Eterno dolor» de Dardé. Quedarán sus dos libros excepcionales, sin parecido ni imitación, en que el absurdo y el genio se sonríen cual buenos hermanos, como testigos de su breve paso

por un mundo que no era el suyo y sobre el que tendió el espeso velo de sus alucinaciones. No creo que el contenido medular de esos libros conquiste muchos adeptos, pero sí que serán muy provechosos por la magia de su pompa verbal, la audacia de sus metáforas y su desaforado irrealismo. Para las mentes equilibradas podrá ser un maestro, una fuente de profundos gozos estéticos, un punto de partida y de apoyo para arriesgados y rítmicos saltos en el vacío. No así para los cerebros débiles, fácilmente impresionables, propensos a la sugestión y al eco. En esos, Lautréamont obrará como un tremendo veneno, como un licor corrosivo y ardiente, como un alud de espesas e insistentes tinieblas de las que no podrán librarse jamás. El mismo poeta lo reconoce así cuando al comenzar sus «Cantos de Maldoror» advierte: «Plegue al cielo que el lector envalentonado y sintiéndose momentáneamente feroz como lo que lee, encuentre sin desorientarse su camino abrupto y salvaje a través de los pantanos desolados de estas páginas sombrías y llenas de veneno; porque de no emplear en su lectura una lógica rigurosa y una tensión de espíritu igual por lo menos a su desconfianza, las emanaciones mortíferas de este libro empaparán su alma como el agua empapa el azúcar. No es conveniente que todo el mundo lea las páginas que van a continuación; solo algunos saborearán sin peligro este fruto amargo. Por consecuencia, alma tímida, antes de internarte mas en semejantes páramos inexplorados, dirige tus talones hacia atrás y no hacia delante».

ALBERTO LASPLACES.

## POÈMES DES «CHANTS DE MALDOROR»

8.

Au clair de la lune, près de la mer, dans les endroits isolés de la campagne, l'on voit, plongé dans d'amères réflexions, toutes les choses revêtir des formes jaunes, indécises, fantastiques. L'ombre des arbres, tantôt vite, tantôt lentement, court, vient, revient, par diverses formes, en s'aplatissant, en se collant contre la terre. Dans le temps, lorsque j'étais emporté sur les ailes de la jeunesse, cela me faisait rêver, me paraissait étrange; maintenant, j'y suis habitué. Le vent gémit à travers les feuilles ses notes languoureuses, et le hibou chante sa grave complainte, qui fait dresser les cheveux à ceux qui l'entendent. Alors, les chiens, rendus furieux, brisent leurs chaînes, s'échappent des fermes lointaines; ils courent dans la campagne, çà et là, en proie à la folie. Tout à coup, ils s'arrêtent, regardent de tous les côtés avec une inquiétude farouche, l'œil en feu; et de même que les éléphants, avant de mourir, jettent dans le désert un dernier regard au ciel, élevant désespérément leurs trompes,

laissant leurs oreilles inertes, de même les chiens laissent leurs oreilles inertes, élèvent la tête, gonflent le cou terrible, et se mettent à aboyer, tour à tour, soit comme un enfant qui crie de faim, soit comme un chat blessé au ventre au-dessus d'un toit, soit comme une femme qui va enfanter, soit comme un moribond atteint de la peste à l'hôpital, soit comme une jeune fille qui chante un air sublime, contre les étoiles au nord, contre les étoiles à l'est, contre les étoiles au sud, contre les étoiles à l'ouest; contre la lune; contre les montagnes, semblables, au loin, à des roches géantes, gisantes dans l'obscurité; contre l'air froid qu'ils aspirent à pleins poumons, qui rend l'intérieur de leur narine rouge, brûlant; contre le silence de la nuit; contre les chouettes, dont le vol oblique leur rase le museau, emportant un rat ou une grenouille dans le bec, nourriture vivante, douce pour les petits; contre les lièvres, qui disparaissent en un clin d'œil; contre le voleur qui s'enfuit au galop de son cheval après avoir commis un crime; contre les serpents, remuant les bruyères, qui leur font trembler la peau,

grincer les dents; contre leurs propres aboiements, qui leur font peur à eux-mêmes; contre les craquants qu'ils broient d'un seul coup de mâchoire (pourquoi se sont-ils éloignés du marais?); contre les arbres, dont les feuilles, mollement bercées, sont autant de mystères qu'ils ne comprennent pas, qu'ils veulent découvrir avec leurs yeux fixes, intelligents; contre les araignées, suspendues entre leurs longues pattes, qui grimpent sur les arbres pour se sauver; contre les corbeaux qui n'ont pas trouvé de quoi manger pendant la journée, et qui s'en reviennent au gîte, l'aile fatiguée; contre les rochers du rivage; contre les feux, qui paraissent au mâts des navires invisibles; contre le bruit sourd des vagues; contre les grands poissons, qui, nageant, montrent leur dos noir, puis s'enfoncent dans l'abîme; et contre l'homme qui les rend esclaves. Après quoi, ils se mettent de nouveau à courir dans la campagne, en sautant, de leurs pattes sanglantes, par-dessus les fossés, les chemins, les champs, les herbes et les pierres escarpées. On les dirait atteints de la rage, cherchant un vaste étang pour apaiser leur soif. Leurs hurlements prolongés épouvantent la nature. Malheur au voyageur attardé! Les amis des cimetières se jetteront sur lui, le déchireront, le mangeront, avec leur bouche d'où tombe du sang; car ils n'ont pas les dents gâtées. Les animaux sauvages, n'osant pas s'approcher pour prendre part au repas de chair, s'enfuient à perte de vue, tremblants. Après quelques heures, les chiens harassés de courir çà et là, presque morts, la langue en dehors de la bouche, se précipitent les uns les autres, sans savoir ce qu'ils font, et se déchirent en mille lambeaux, avec une rapidité incroyable. Ils n'agissent pas ainsi par cruauté. Un jour, avec des yeux vitreux, ma mère me dit: «Lorsque tu seras dans ton lit, que tu entendras les aboiements des chiens dans la campagne, cache-toi dans ta couverture, ne tourne pas en dérision ce qu'ils font: ils ont soif insatiable de l'infini, comme toi, comme moi, comme le reste des humains, à la figure pâle et longue. Même, je te permets de te mettre devant la fenêtre pour contempler ce spectacle, qui est assez sublime». Depuis ce temps, je respecte le veu de la morte. Moi, comme les chiens, j'éprouve le besoin de l'infini.... Je ne puis, je ne puis contenter ce besoin! Je suis le fils de l'homme et de la femme, d'après ce qu'on m'a dit. Ça m'étonne.... je croyais être davantage! Au reste, que m'importe d'où je viens? Moi, si cela avait pu dépendre de ma volonté, j'aurais voulu être plutôt le fils de la femelle du requin, dont la faim est amie des tempêtes, et du tigre, à la cruauté reconnue: je ne serais pas si méchant. Vous qui me regardez, éloignez-vous de moi, car mon haleine exhale un souffle empoisonné. Nul n'a encore vu les rides vertes de mon front; ni les os en saillie de ma figure maigre, pareilles aux arêtes de quelque grand poisson, ou aux rochers couvrant les rivages de la mer, ou aux abruptes montagnes alpestres, que je parcourus souvent, quand j'avais sur ma tête des cheveux d'une autre couleur. Et, quand je rôde autour des habitations des hommes, pendant les nuits orageuses, les yeux ardents, les cheveux flagellés par le

vent des tempêtes, isolé comme une pierre au milieu du chemin, je couvre ma face flétrie, avec un morceau de velours, noir comme la suie qui remplit l'intérieur des cheminées; il ne faut pas que les yeux soient de la laideur que l'Etre suprême, avec un sourire de haine puissante, a mise sur moi.

Chaque matin, quand le soleil se lève pour les autres, en répandant la joie et la chaleur salutaires dans la nature, tandis qu'aucun de mes traits ne bouge, en regardant fixement l'espace plein de ténèbres, accroupi vers le fond de ma caverne aimée, dans un désespoir qui m'enivre comme le vin, je meurtris de mes puissantes mains ma poitrine en lambeaux. Pourtant, je sens que je ne suis pas atteint de la rage! Pourtant, je sens que je ne suis pas le seul qui souffre! Pourtant, je sens que je respire! Comme un condamné qui essaie ses muscles, en réfléchissant sur leur sort et qui va bientôt monter à l'échafaud, debout, sur mon lit de paille, les yeux fermés, je tourne lentement mon col de droite à gauche, de gauche à droite, pendant des heures entières; je ne tombe pas raide mort. De moment en moment, lorsque mon col ne peut plus continuer de tourner dans un même sens, qu'il s'arrête, pour se remettre à tourner dans un sens opposé, subitement l'horizon, à travers les rares interstices laissés par les broussailles épaisses qui recouvrent l'entrée: Je ne vois rien! Rien... si ce ne sont les campagnes qui dansent en tourbillons avec les arbres et avec les longues files d'oiseaux qui traversent les airs. Cela me trouble le sang et le cerveau.... Qui donc, sur ma tête, me donne des coups de barre de fer, comme un marteau frappant l'enclume?

24.

O mathématiques sévères, je ne vous ai pas oubliées, depuis que vos savantes leçons, plus douces que le miel, filtrèrent dans mon cœur, comme une onde rafraîchissante; j'aspirais instinctivement, dès le berceau, à boire à votre source, plus ancienne que le soleil, et je continue encore de fouler le parvis sacré de votre temple solennel, moi, le plus fidèle de vos initiés. Il y avait du vague dans mon esprit, un je ne sais quoi épais comme de la fumée; mais je sus franchir religieusement les degrés qui mènent à votre autel, et vous avez chassé ce voile obscur, comme le vent chasse le damier. Vous avez mis, à la place, une froideur excessive, une prudence consommée et une logique implacable. À l'aide de votre lait fortifiant, mon intelligence s'est rapidement développée, et a pris des proportions immenses, au milieu de cette clarté ravissante dont vous faites présent, avec prodigalité, à ceux qui vous aiment d'un sincère amour.

Arithmétique; algèbre; géométrie; trinité grandiose! triangle lumineux! Celui qui ne vous a pas connus est un insensé! Il mériterait l'épreuve des plus grands supplices; car il y a du mépris aveugle dans son insouciance ignorante; mais celui qui vous connaît et vous apprécie ne veut plus rien des biens de la terre; se contente de vos jouissances magnifiques; et, porté sur vos ailes



sombres, ne désire plus que de s'élever, d'un vol léger, en construisant une hélice ascendante, vers la voûte sphérique des cieux. La terre ne lui montre que des illusions et des fantasmagories morales; mais vous, o mathématiques concises, par l'enchaînement rigoureux de vos propositions tenaces et la constance de vos lois de fer, vous faites luire, aux yeux éblouis, un reflet puissant de cette vérité suprême dont on remarque l'empreinte dans l'ordre de l'univers. Mais l'ordre qui vous entoure, représenté surtout par la régularité parfaite du carré, l'ami de Pythagore, est encore plus grand; car le Tout-Puissant s'est révélé complètement, lui et ses attributs, dans ce travail mémorable qui consista à faire sortir, des entrailles du chaos, vos trésors de théorèmes et vos magnifiques splendeurs. Aux époques antiques et dans les temps modernes, plus d'une grande imagination humaine vit son génie, épouvanté, à la contemplation de vos figures symboliques tracées sur le papier brûlant, comme autant de signes mystérieux, vivants d'une haleine latente, que ne comprend pas le vulgaire profane et qui n'étaient que la révélation, éclatante d'axiomes et d'hiéroglyphes éternels, qui ont existé avant l'univers et qui se maintiendront après lui. Elle se demande, penchée vers le précipice d'un point d'interrogation fatal, comment se fait-il que les mathématiques contiennent tant d'imposantes grandeurs et tant de vérités incontestables, tandis que, si elle les compare à l'homme, elle ne trouve en ce dernier que faux orgueil et mensonge. Alors, cet esprit supérieur, attristé, auquel la familiarité noble de vos conseils fait sentir davantage la petitesse de l'humanité et son incomparable folie, plonge sa tête, blanchie, sur une main décharnée et reste absorbé dans des méditations surnaturelles. Il incline ses genoux devant vous, et sa vénération rend hommage à votre visage divin, comme la propre image du Tout-Puissant. Pendant mon enfance, vous m'apparûtes, une nuit de mai, aux rayons de la lune, sur une prairie verdoyante, aux abords d'un ruisseau limpide, toutes les trois égales en grâce et en pudeur, toutes les trois pleines de majesté comme des reines. Vous fîtes quelques pas vers moi, avec votre longue robe, flottante comme une vapeur, et vous m'attirâtes vers vos fières mamelles, comme un fils béni. Alors j'accourus avec empressement, mes mains crispées sur votre blanche gorge. Je me suis nourri, avec reconnaissance, de votre manne féconde, et j'ai senti que l'humanité grandissait en moi et devenait meilleure. Depuis ce temps, o déesses rivales, je ne vous ai pas abandonnées. Depuis ce temps, que de projets énergiques, que de sympathies, que je croyais avoir gravées sur les pages de mon cœur, comme sur du marbre, n'ont-elles pas effacé lentement, de ma raison désabusée, leurs lignes configuratives, comme l'aube naissante efface les ombres de la nuit! Depuis ce temps, j'ai vu la mort, dans l'intention, visible à l'œil nu, de peupler les tombeaux, ravager les champs de bataille, engraisser par le sang humain et faire pousser des fleurs matinales par-dessus les funèbres ossements. Depuis ce temps, j'ai assisté aux révolutions de notre globe; les

tremblements de terre, les volcans avec leur lave embrasée, le simoun du désert et les naufrages de la tempête ont eu ma présence pour spectateur impassible. Depuis ce temps, j'ai vu plusieurs générations humaines élever, le matin, ses ailes et ses yeux, vers l'espace, avec la joie inexpérimentée de la chrysalide qui salue sa dernière métamorphose, et mourir, le soir avant le coucher du soleil, la tête courbée, comme des fleurs fanées que balance le sifflement plaintif du vent. Mais vous, vous restez toujours les mêmes. Aucun changement, aucun air empesté n'effleure les rocs escarpés et les vallées immenses de votre identité. Vos pyramides modestes dureront davantage que les pyramides d'Égypte, fourmillières élevées par la stupidité et l'esclavage. La fin des siècles verra encore, debout sur la ruine du temps, vos chiffres cabalistiques, vos équations laconiques et vos lignes sculpturales siéger à la droite vengeresse du Tout-Puissant, tandis que les étoiles s'enfonceront, avec desespoir comme des trombes, dans l'éternité d'une nuit horrible et universelle, et que l'humanité grimaçante, songera à faire ses comptes avec le jugement dernier. Merci, pour les services innombrables que vous m'avez rendus. Merci, pour les qualités étrangères dont vous avez enrichi mon intelligence. Sans vous, dans ma lutte contre l'homme, j'aurais peut-être été vaincu. Sans vous, il m'aurait fait rouler dans le sable et embrasser la poussière de ses pieds. Sans vous, avec une griffe perfide, il aurait labouré ma chair et mes os. Mais je me suis tenu sur mes gardes, comme un athlète expérimenté. Vous me donnâtes la froideur qui surgit de vos conceptions sublimes, exemptes de passion. Je m'en servis pour rejeter avec dédain les jouissances éphémères de mon court voyage et pour renvoyer de ma porte les offres sympathiques, mais trompeuses de mes semblables. Vous me donnâtes la prudence opiniâtre qu'on déchiffre à chaque pas dans vos méthodes admirables de l'analyse, de la synthèse et de la déduction. Je m'en servis pour dérouter les ruses pernicieuses de mon ennemi mortel, pour l'attaquer à mon tour, avec adresse, et plonger, dans les viscères de l'homme, un poignard aigu qui restera à jamais enfoncé dans son corps, car c'est une blessure dont il ne se relèvera pas. Vous me donnâtes la logique, qui est comme l'âme elle-même de vos enseignements, pleine de sagesse; avec ses syllogismes, dont le labyrinthe compliqué n'en est que plus compréhensible, mon intelligence sentit s'accroître du double ses forces audacieuses. À l'aide de cet auxiliaire terrible, je découvris dans l'humanité, en nageant vers les bas-fonds, en face de l'écueil de la haine, la méchanceté noire et hideuse, qui croupissait au milieu de miasmes délétères, en s'admirant le nombril. Le premier, je découvris, dans les ténèbres de ses entrailles, ce vice néfaste, le mal! supérieur en lui au bien. Avec cette arme empoisonnée que vous me prêtâtes, je fis descendre, de son piédestal, construit par la lâcheté de l'homme, le Créateur lui-même! Il grinça des dents et subit cette injure ignominieuse, car il avait pour adversaire quelqu'un de plus fort que lui. Mais je le laisserai de côté, com-

me un paquet de ficelles, afin d'abaisser mon vol... Le penseur Descartes, faisait une fois, cette réflexion que rien de solide n'avait été bâti sur vous. C'était une manière ingénieuse de faire comprendre que le premier venu ne pouvait pas sur le coup découvrir votre valeur inestimable. En effet, quoi de plus solide que les trois qualités principales déjà nommées qui s'élèvent, entrelacées comme une couronne unique, sur le sommet auguste de votre architecture colossale?

Monument qui grandit sans cesse de découvertes quotidiennes, dans vos mine de diamant, et d'exploitations scientifiques, dans vos superbes domaines. O mathématiques saintes, puissiez vous, par votre commerce perpétuel, consoler le reste de mes jours de la méchanceté de l'homme et de l'injustice de Grand-Tout.

LAUTRÉAMONT.

## ORIGINE POSSIBLE DE LA FORMATION INTELLECTUELLE D'ISIDORE DUCASSE

Le point obscur de la naissance de Lautréamont a été définitivement éclairci grâce aux recherches faites ces temps derniers avec le meilleur succès, par MM. G. et A. Guillot Muñoz: la rive gauche de la Plata a vu naître, à l'époque la plus trouble de son histoire, un des grands précurseurs du symbolisme et du surréalisme.

Il est difficile de fixer avec exactitude à quelle date Lautréamont quitta Montévidéo. On sait seulement qu'il y vécut pendant son enfance et qu'il arriva à Paris en 1867 pour y suivre les cours de l'Ecole Polytechnique, mais on ignore s'il passa son adolescence en Amérique Latine ou en Europe. D'aucuns affirment et il n'est pas sans intérêt de noter cette version—que c'est chez le Professeur Gibert, à Montévidéo, qu'il se prépara à Polytechnique.

Gibert, botaniste français établi au Rio de la Plata depuis 1859, était un émigré du second empire. Poursuivi par la police impériale il s'était—après un séjour à Bruxelles, marqué par quelques conférences qu'il y donna—embarqué à destination de Montévidéo.

Il était irréprochablement élégant et bien que myope—ce qu'il dissimulait adroitement—il ne pouvait se résoudre, par coquetterie, à porter de l'orgnon. Ses traits d'ailleurs avaient une certaine majesté, comparable à celle de Léonard de Vinci.

Souvent, il se promenait dans les rues, entouré de plusieurs de ses élèves, jeunes gens des meilleures familles montévidéennes.

On sait aussi que Gibert fréquenta la maison de François Ducasse et il paraît que le chancelier lui donna de l'argent pour faire, à Tacuarembó, des études de géologie. Il est possible qu'à cette occasion Lautréamont l'ait accompagné, car il fit ce voyage avec quelques uns de ses élèves.

D'autre part, Gibert a parlé des entretiens qu'il eut avec un élève tourmenté par le besoin d'aventures et qui devint plus tard un poète. Cet élève était né, selon lui, pendant le siège de Montévidéo—ce qui confirme l'opinion que c'est de Lautréamont qu'il s'agit—là où les unitaires luttèrent contre les fédéralistes affublés d'uniformes rouges, selon le goût du tyran de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas.

Dans la bibliothèque de Gibert, on a trouvé deux exemplaires des *Fleurs du Mal* dédiées par I. Ducasse, ce qui fait supposer très fermement que Lautréamont était en rapports directs avec le botaniste et prouve en quelque sorte, qu'il passa son adolescence à Montévidéo.

Il est également intéressant de remarquer la similitude des impressions du maître et de l'élève, sous le rapport littéraire, prouvée par le fait que, les mêmes poètes tels que Musset et Leconte de Lisle, attaqués par Lautréamont dans ses «Poésies», ont été bafoués aussi par Gibert dans un article paru au *Patriote Français* en 1864.

Ces faits, bien qu'insuffisants s'il s'agit de preuves, peuvent tout de même aider aux suppositions et l'essentiel est de savoir quelles ont été, parmi les circonstances qui entourent la formation intellectuelle d'Isidore Ducasse, celles que doit retenir la critique.

J'estime que d'une part le développement de la culture montévidéenne après la guerre fratricide avec Buenos Ayres et de l'autre, les relations entre Ducasse et Gibert, sont les deux faits qui contribuent le mieux à expliquer l'origine de la formation intellectuelle du comte de Lautréamont.

EDOUARD G. DUBREUIL.



## L A F O R G U E

### Y LA CREACION DE LA PROSA SIMBOLISTA

Desplazar la prosa de su entro de gravedad, desquiciarla y modernizarla, despojándola de todo resabio dogmático, implica una destreza segura, fruto de una madurez intelectual consumada.

1881: Laforgue soporta todo lo más elegantemente posible su tedio gomoso que lo sigue y lo envuelve con implacable perseverancia.

Tedio germano que nimba la cabeza del poeta, se esparce por todos los ámbitos del Imperio, desde Berlín hasta Bade, Coblenz y la Selva Negra.

Epoca en que la amistad combativa de Ysaye se esfuerza por alejar la amargura del montevidense poseso del «monstruo delicado».

Inviernos lentos de Berlín pasados en el palacio de las princesas.

Laforgue, la frente apoyada contra el vidrio sudado de la ventana espera las órdenes de la emperatriz, asiste ausente a la caída de la nieve, al pasaje de los fiacres transformados en trineos. El desfile de los prusianos rastaceros de la guardia imperial se repite todos los días a la misma hora.

Veranos monótonos. Paseos insoportables por los alrededores de Potsdam. Lagos de tarjeta postal iluminada. Laforgue asiste correcto al prolongado martirio de su destierro en plena Alemania.

Théo Ysaye llevaba al poeta por la noche al circo Renz. La mueca de los clowns, el rictus desdichoso de los pierrots germanos de caras enyesadas y labios negros, el estiramiento de las danzarinas de circo, la placidez línfica de las bebedoras de cerveza tenían su prolongación interior y su refracción acompasada en la conciencia hastiada del «breton nacido bajo el trópico».

La conciencia de Laforgue, cuya luminosidad más que lunar fué de efluio desprendido del trole eléctrico vierte su esencia febril y vibra en razón directa de la monotonía del ambiente.

Laforgue se adapta a la disciplina. A medio día la emperatriz Augusta, cuya majestad se imponía en todos los rincones del palacio, dominando la ciudad en medio de la corte de autómatas de Potsdam, inculcaba al poeta el fastidio de sus años de reinado taciturno.

Los ecos del simbolismo triunfante llegan hasta el retiro huraño de Laforgue. La simpatía, la nostalgia obligan al montevidense a participar a distancia en la obra de cimentación del decadentismo.

El celo apostólico y el deseo de aumentar el proselitismo literario (fenómeno que puede comprobarse en todas las épocas y en todas las latitudes) no alcanza a rozar el espíritu de Laforgue.

Como el simbolismo, a pesar de sus sectas era en el ochenta una fuerza intensa, pudo entrar en Alemania.

Algunas revistas: La Pluma, el Decadente, la Revista Blanca y el Mercurio de Francia que servían de porta-voz a los cultores de esta nueva

estética eran conocidas en Berlín. Laforgue lee estas revistas en su apartamento del palacio de las princesas.

A distancia puede verse con serenidad la obra intransigente de los cenáculos.

Las contiendas de los Hidropatas y Decadentes, los manifiestos del grupo filosófico-instrumental no tuvieron la transcendencia de la obra creadora de Laforgue.

La hartanza producida en los espíritus flamantes de la tercera República por la prosa razonadora de Taine y de Renan debía de llegar hasta el retiro de Laforgue. En la época en que Zola pisaba en falso el naturalismo perdía prestigio y marcaba un zing-zag decreciente en el diagrama intelectual francés. La presión de las nuevas corrientes iba a desintegrar la literatura oficial. Laforgue siente la necesidad imperiosa de ahondar el misterio, de crear cierta nebulosidad cuyo espesor no sea más que aparente.

El instante es propicio: las influencias extranjeras penetran en el territorio francés. Una coacción espiritual de Europa invade audazmente la esencia de la literatura parisina: Ibsen, Dostoiéwsky, Nietzsche, George Elliot, d'Annunzio, orientan en cierto sentido la literatura post-naturalista.

El «cerebro loco de Hegel» ilumina y deslumbra a algunos jóvenes de la legión simbolista y produce en el espíritu de Laforgue la inquietud de la piedra caída en el estanque.

Enemigo de las barreras que obstaculizan las libertades estéticas, Laforgue consigue, en esta época de incertidumbre literaria, remozar la prosa francesa, despojándola de la ampulosidad romántica de fin de estación y de la chatura naturalista.

Inventor del verso libre, Laforgue consigue llevar a la prosa un lenguaje a la vez erudito y popular, con toques de lunfardo, expresivo, liviano y brutal, capaz de alcanzar las más bellas sugerencias.

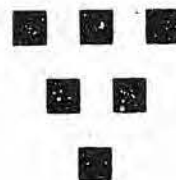
Los seis cuentos que componen las *Moralidades legendarias*, marcan el punto de partida de la prosa simbolista. Un dinamismo ligeramente entrechocado, donde el humour no excluye cierta inquietud metafísica vibra y anima la prosa nueva de estos extraordinarios cuentos donde el sarcasmo interviene con valentía y desenvoltura.

Al crear la substancia de *Hamlet*, de *Salomé*, del *Milagro de las rosas*, Laforgue abre de un golpe una de las arterias más afinadas y jugosas que conducen al enjambre maravilloso del espíritu actual, abundante y diverso, poseso de inquietud y de obsesiones fecundas cuyo alcance tiene sus límites más allá de la razón humana.

ALVARO GUILLOT MUÑOZ.



# JULES LAFORGUE



Madera de M. Mendez Magariños

## L'HIVER QUI VIENT

BLOCUS sentimental ! Messageries du Levant !...  
 Oh ; tombée de la pluie ; Oh ; tombée de la nuit,  
 Oh ; le vent !...  
 La Toussaint, la Noël et la Nouvelle Année,  
 Oh ! dans les bruines, toutes mes cheminées !...  
 D'usines...

On ne peut plus s'asseoir, tous les bancs sont mouillés;  
 Crois-moi, c'est bien fini jusqu'à l'année prochaine,  
 Tous les bancs sont mouillés, tant les bois sont rouillés,  
 Et tant les cors ont fait ton ton, ont fait ton taine !...

Ah, nuées accourues des côtes de la Manche,  
 Vous nous avez gâté notre dernier dimanche.  
 Il bruine;  
 Dans la forêt mouillée, les toiles d'araignées  
 Ploient sous les gouttes d'eau, et c'est leur ruine.  
 Soleil plénipotentiaire des travaux en blonds Pactoles  
 Des spectacles agricoles,  
 Où êtes-vous ensevelis ?  
 Ce soir un soleil fichu git au haut du coteau  
 Gît sur le flanc, dans les genêts, sur son manteau.  
 Un soleil blanc comme un crachat d'estaminet  
 Sur une litière de jaunes genêts  
 De jaunes genêts d'automne.  
 Et les cors lui sonnent !  
 Qu'il revienne...  
 Qu'il revienne à lui !  
 Taiaut ; taiaut ; et hallali !  
 O triste antiennne, as-tu fini !...  
 Et font les fous !...  
 Et il gît là, comme une glande arrachée dans un cou,  
 Et il frissonne, sans personne !...

Allons, allons, et hallali !  
 C'est l'hiver bien connu qui s'amène;  
 Oh ! les tournants des grandes routes,  
 Et sans petit Chaperon Rouge qui chemine !...  
 Oh ; leurs ornières des chars de l'autre mois,  
 Montant en don quichottesques rails  
 Vers les patrouilles des nuées en dérouté  
 Que le vent malmène vers les transatlantiques bercails !...  
 Accélérons, accélérons, c'est la raison bien connue, cette fois.

Et le vent, cette nuit, il en a fait de belles !  
 O dégâts, ô nids, ô modestes jardinets !  
 Mon cœur et mon sommeil : ô échos des cognées !...

Tous ces rameaux avaient encor leurs feuilles vertes,  
 Les sous-bois ne sont plus qu'un fumier de feuilles mortes;  
 Feuilles, folioles, qu'un bon vent vous emporte  
 Vers les étang par ribambelles,  
 Ou pour le feu du garde-chasse,

Ou les sommiers des ambulances  
 Pour les soldats loin de la France.

C'est la saison, c'est la saison, la rouille envahit les masses,  
 La rouille ronge en leurs spleens kilométriques  
 Les fils télégraphiques des grandes routes où nul ne passe.

Les cors, les cors, les cors — mélancoliques !...  
 Mélancoliques !...  
 S'en vont, changeant de ton,  
 Changeant de ton et de musique,  
 Ton ton ton taine, ton ton !...  
 Les cors, les cors, les cors !...  
 Je ne puis quitter ce ton : que d'échos !...  
 C'est la saison, c'est la saison, adieu vendanges !...  
 Voici venir les pluies d'une patience d'ange,  
 Adieu vendanges, et adieu tous les paniers,  
 Tous les paniers Watteau des bourrées sous les marronniers,  
 C'est la toux dans les dortoirs du lycée qui rentre,  
 C'est la tisane sans le foyer,  
 La phthisie pulmonaire attristant le quartier,  
 Et toute la misère des grands centres.

Mais, lainages, caoutchoucs, pharmacie, rêve,  
 Rideaux écartés du haut des balcons des grèves  
 Devant l'océan de toiture des faubourgs,  
 Lampes, estampes, thé, petits-fours,  
 Serez-vous pas mes seules amours !...  
 ( Oh ! et puis, est-ce que tu connais, outre les pianos,  
 Le sobre et vespéral mystère hebdomadaire  
 Des statistiques sanitaires  
 Dans les journaux ) ?

Non, non ! c'est la saison et la planète falote !  
 Que l'autan, que l'autan  
 Effiloche les savates que le Temps se tricote !  
 C'est la saison, oh déchirements ; c'est la saison !  
 Tous les ans, tous les ans,  
 J'essaierai en chœur d'en donner la note.

JULES LAFORGUE.  
 De « Poesies complètes ».



## A P O T H E O S E

En tous sens, a jamais, le silence fourmille  
De grappes d'astres d'or mêlant leurs tournoiement  
On dirait des jardins sablés e diamants,  
Mais, chacun, morne et très solitaire, scintille.

Or, là-bas, dans ce coin inconnu, qui pétille  
D'un sillon de rubis mé mélancoliquement,  
Tremblote une étincelle au doux clignotement:  
Patriarche éclairé conduisant sa famille.

Sa famille: un essaim de globes lourds fleuris  
Et sur l'un, c'est la terre, un point jaune, Paris,  
Où, pendu, une lampe, un pauvre fou qui veille:

Dans l'ordre universel, frêle, unique merveille.  
Il en est le miroir d'un jour et le connaît.  
Il y rêve longtemps, puis en fait un sonnet.

JULES LAFORGUE.

## S A L O M É

II faisait ce jour-là deux mille canicules qu'une simple révolution rythmique des Mandarins du Palais avait porté le premier Tétrarque, infime proconsul romain, sur ce trône, dès lors héréditaire par sélection surveillée, des îles Blanches Esotériques, dès lors perdues pour l'histoire, gardé toutefois cet unique titre de Tétrarque, qui sonnait aussi inviolablement que Monarque, Monarque, outre les sept symbolismes d'état attachés à la désinence tétra contre celle de monos.

En trois pâtés aux pylônes trapus et nus, cours intérieures, galeries, caveaux, et le fameux parc suspendu avec ses jungles viridant aux brises atlantiques, et l'observatoire ayant l'œil en vigie à deux cents mètres chez le ciel, et cent rampes de sphinx et de cynocéphales: le palais tétrarchique n'était qu'un monolithe, dégrossi, excavé, évidé, aménagé et finalement poli en un mont de basalte noir jaspé de blanc qui projetait encore une jetée de sonore trottoir, à double file de peupliers violet-gros-deuil en caisses, fort avant dans la solitude mouvante de la mer jusqu'à cet éternel rocher, l'air d'une éponge ossifiée, tendant un joli phare d'opéra-comique aux jonques noctambules.

Titanique masse funèbre veinée de blême; Comme ces façades d'un noir d'ivoire réverbèrent mystiquement le soleil de juillet d'aujourd'hui, ce soleil sur la mer qu'ainsi réverbéré en noir les chouettes du parc suspendu peuvent contempler sans ennui du haut de leurs poudreux sapins;....

Au pied du môle, la galère qui la veille avait amené ces deux intrus de princes, soi-disant fils et neveu d'un certain Satrape du Nord se balançait sur ses amarres, commentée par quelques silhouettes oisives, mais pures de gestes à la manière indigène.

Or, sous le plein-midi si stagnant encore, la fête n'éclatant d'ailleurs officiellement qu'à trois heures, le palais faisait la grasse après-midi, tardait à s'étirer de sa sieste.

On entendait les gens des Princes du Nord et ceux du Tétrarque rire aux éclats, dans la cour où converaient les gouttières, rire sans se comprendre, jouant aux palets, échangeant leurs tabacs. On montrait à ces collègues étrangers comme veulent être étrillés les éléphants blancs...

—Mais il n'y a pas d'éléphants blancs chez nous, faisaient-ils entendre.

Et ils voyaient ces palefreniers se signer comme pour conjurer des propos impies. Et lors ils béaient aux paons flânant en rond, la roue irradiée au soleil, au-dessus du jet d'eau; et puis s'amusaient, ils en abusaient même! des échos gutturaux que se remballaient, dans la chaotique disposition de ces étages de rocs, leurs appels barbares.

Le Tétrarque Émeraude-Archetypas parut sur la terrasse centrale, se dégageant au soleil Aède universel au Zénith, Lampyre de l'Empyrée, etc.; et ces gens rentrèrent prestement vaquer à des besognes.

Oh, le Tétrarque sur la terrasse, cariatide de dynasties!

JULES LAFORGUE.

## J U L I O S U P E R V I E L L E

Quiero decir algunas palabras vivas sobre Julio Supervielle. Este amigo alto y altísimo.

Cuando lo conocí, me sorprendió una alegría purificadora y bromista. Verlo como un árbol fantástico por encima de mi cabeza, y anularse mi orgullo barato: ¡qué emoción visiva más eficaz!

Así es de largo, de líricamente enderezado; y así está de trascendido de efluvios benéficos. Es el árbol mágico, el poeta suave y misterioso, como una palmera de isla. O mejor, como el yatahi guaraní.

Porque Supervielle es un gran poeta suramericano.

Todos sus versos, toda su intimidad inédita, todas sus prosas, lo gritan: es el poeta de vocación viajante, oscilográfico, humorista; con una musical y suelta fatalidad de la maravilla lejana; el poeta más corrido y tocado de los matices y las distancias de América.

Los horizontes marinos y pampeanos del Sur, se desdosen, se desplazan, se estiran, como dioramas vertiginosos en las palabras sortilegas de sus libros.

La lengua francesa le debe el prestigio ignoto y la riqueza espiritual del exotismo suramericano.

Como Saintleger, el brujo infantil de las Antillas, ha desatado su alma de criollo en la fluidez gorgiante de un lenguaje primoroso y extraño de Francia.

Supervielle me da la impresión de que no puede escribir en tierra. De que realiza todo sobre las tablas finas y andantes de las naves.

Las formas huyentes de la Naturaleza sufren de un encantamiento danzante y amoroso en la visión de este ondulator vivaz y sabio de los paisajes.

Más humano en el ensueño que Lord Dunsany, sus realizaciones elásticas y como estriadas del subterfugio, nos rozan y mueven de una manera simpática, rápida, jovial. Anda un humorismo de criollo francés: la fuerza sana de la broma, adelgazada por el espíritu y el entendimiento lírico.

Rara vez la intensidad lo aquietta: en el romance de la vaca trágica; en el Alto Paraná de los colonos; entretenido con los indios; a la espera, un poco aria, de la muerte en la hamaca paraguaya; en esa maravilla íntima de «Montagnes», donde se echa «entre árboles y juncos, sin memoria y sin ojos, como el agua de las riberas»; en aquel primer capítulo del «Hombre de la Pampa», estupenda página, donde una gracia ácida, casi cruel, y una expresión esencial dan un carácter irreal de verdad al inaudito panorama y a las figuras zonzas y amargas de Guanamiru y don Innumerable, con sus caretas inútiles y su aburrimiento congojoso.

Su espíritu no siente «la angustia del horizonte», en el sentido asentado y patriarcal del horizonte. Es un desmontador de lejanías, un genio, en la acepción fantasmagórica de Oriente, con la se-

guridad interior y atendida de un poeta que hila nexos sutilísimos y relaciones sinfónicas.

En el capítulo inicial de «El hombre de la Pampa», acentúa esa plasticidad grandiosa que actuaba ya en «Debarcadéres», de mover ganados como parcelas del horizonte, de ennoblecer tropas de cuernos hermosos y cueros innumerables, en un borbollón marejante de panas pobres con todos los colores vacunos.

Pero esa pampa es «el mar de esmeraldas», presentido por Obligado: hay una presencia marina en el horizonte, en la extensión y en las cosas de la pampa. *La undumbre*, que decía Berceo. Se ha venido a la tierra con los vaivenes, los pulsos, los remesones, los vientos y las desataduras del mar; conmovido de aguas anilladas y silbadas como rebaños y tropeles, y ponchos y lazos, y tumultos de gauchos a galope desdoblado.

Cuando lo percibo en estas épicas paradas de *rodeo*, me acuerdo de otro gran poeta que, revelando un Homero cimarrón, embarulló la pampa de ganados y episodios.

Me acuerdo de Cunninghamen, el insular curtido, que, como un inglés veraz y legendario, manifestó la pampa en un océano fremitabundo, tamboreado por las tropas mugientes, almacigadas de cabezas chúcaras.

Así siento yo a Supervielle, este poeta de «Debarcadéres» y «El hombre de la Pampa». Sus dos libros plenos y suramericanos.

La figura de Guanamiru; el asunto fantástico del Futur; la estrafalaria tragedia del estanciero risible, han hecho de «El hombre de la Pampa» un libro originalísimo de humor y de simbolismo etnológico.

«Debarcadéres», es el poemario fascinante de un poeta uruguayo que escribe un francés limpio, ágil y ensoñado de prolongaciones, y que, al llevar a la literatura francesa el encanto fresco de un exotismo, difunde sobre nuestra autóctona y milagrosa poesía actual la integración de un ensanche, de un tono distinto y de un júbilo agradecido y admirado.

Porque Supervielle es uruguayo. Es nuestro, más que Laforgue y Lautréamont, dos uruguayos extraordinarios y diabólicos.

Supervielle es nuestro por un amor directo y destinado de vida; por una amistad que «rebenquea» y embalsa sus recuerdos y llama sus mejores momentos hacia América; por una alucinación honda de su música ideoplástica.

Y para mí, el gran Julio, es el compañero puro, «de una sola pieza», como decimos los gauchos; el amigazo en cuya lealtad nos aniamos; el poeta de adentro para afuera; el cantor de verso hecho; como un dios flexible, antes de mostrarlo como hombre.

PEDRO LEANDRO IPUCHE.

Montevideo, Noviembre de 1925.



# JULES SUPERVIELLE

Un homme fait de méditation et de rêverie. Dans les gestes et dans les propos de cet homme d'aucuns voient une souvenance nostalgique.

Un visage éclairé par des yeux gris qui ont pénétré dans un décor varié en surface et en profondeur; un regard aiguisé par les distances (le poète s'est attardé au centre de l'horizon marin, à l'ombre des cheminées, où il eut tout loisir d'entendre leur inutile bavardage de fumée).

Jules Supervielle est chez lui, dans sa ville natale, entouré de quelques dessins de Lhote, d'une printure de Max Jacob et d'une collection de gravures de la guerre du Paraguay. Il parle posément, avec je ne sais quelle modestie, et de temps à autre, allonge un sourire dénué de persiflage pour atténuer son flegme—un flegme français, je veux dire, la sobriété et la mesure sympathiques—.

Parfois il regarde au loin, je ne sais où, avec autant d'acuité que s'il se trouvait au milieu de la plaine alternativement angoissée par la pesanteur des distances et libérée par un horizon reculé.

Quand il récite, il est assis, immobile, dans une attitude de nonchaloir qui ne trahit pas l'inquiétude de son esprit.

Le regard perdu dans une prairie sidérale, où peut-être le bleu des nuits prend sa source, le poète récite d'une voix monacale qui accentue et estompe le rythme fuyant des versets de *Débarcadères*.

Jules Supervielle se lève et prend l'allure d'un peuplier.

Quand il traverse le calme élan des larges estuaires, il est debout sur le pont; on dirait le mat de la barque. Svelte et isolé il flaire des horizons qui n'approchent pas comme les autres accidents de l'étendue. Lemat est muni d'une antenne sensible aux vibrations qui viennent des confins de l'océan, et aux données de la subconscience.

Supervielle parle peu, et au premier abord on dirait qu'il n'a pas la parole facile, mais quand la conversation est creusée le poète devient dominateur et sa parole s'illumine par des aperçus saisissants et des traits essentiels. Les propos de Jules Supervielle! mais c'est toute la grâce pure et simple avec une saveur d'improvisation, et c'est aussi la démarche subtile d'une conscience foisonnante et le jeu charmant du talent libre, toujours vainqueur de l'effort mental.

Midi. Changement d'activité, changement de vitesse. Supervielle se promène avec ses amis de Montevideo. Les surfaces inertes bourdonnent. Trompes d'automobile, kloxon, senteur d'essence chauffée par l'asphalte, fraîcheur du ciment armé; les morceaux de brique craquent sous le tourbillon de passants. Supervielle amusé regarde l'heure grouillante et parle avec ses amis: le «fil intérieur», indestructible, indivisible, lumineux au fond du labyrinthe poétique, fait le miracle de rendre l'amitié plus solide et la solidarité plus sympathique.

Jules Supervielle est poète, voyageur et promeneur solitaire. Il voyage inlassablement mais en poète et saisit jusqu'aux moindres sinuosités

du paysage américain. Il a horreur de noter. Très sensible aux apports du dehors il s'intéresse à toutes les apparences changeantes qui sont la fable de l'itinéraire de Paris à l'embouchure de la Plata. La traversée, dans ces conditions, demande, un sujet et un objet. Le poète assiste aux échanges aux réactions. Ceci lui interdit la notation.

Jules Supervielle est né à Montevideo (calle 18 de Julio en face de la Faculté de Droit) en 1884 et fut baptisé à l'église du Cordon. Enfant, il composa des pièces pour le guignol. La magie des marionnettes ne s'oublie pas, il en reste toujours quelque chose.

Il fit ses études à Paris, au Janson de Sailly. Etudia le droit et la diplomatie. Fit son service militaire à l'infanterie. Prépara sa licence ès lettres à la Sorbonne.

De toutes ses traversées et de toutes ses escales Supervielle a remporté des «souvenirs indispensables», et une nostalgie assaillie par le soleil des tropiques. Pour le poète, ces voyages n'ont d'autres aventures que les surprises de son esprit en contact avec les étendues d'univers qui se développent à perte de vue. Voyages foisonnants où l'épisode est inconnu; souvenirs féconds en substance créatrice, images éblouissantes qui échappent aux coordonnées, pèlerinages éclairés d'une dévotion nouvelle.

Il a vu: l'Amérique tropicale, la forêt brésilienne, Rio de Janeiro, Saint-Paul, le Paraguay, le Tucuman, le Nord de la République Argentine, le Parana, la campagne uruguayenne, l'Iguazu, Buenos-Ayres, la Pampa, le Chili, la cordillère des Andes, le Pacifique, l'estuaire de la Plata...

Il voyage dès sa plus tendre enfance et ses traversées sont tellement nombreuses qu'il a vécu plus de quatre-cents jours sur mer.

Le poète revient à sa région natale pour retrouver des souvenirs, des décors, des plans, des sensations, et pour découvrir et reconnaître les rapports, de sa conscience avec la stabilité d'un milieu qui persiste à durer.

Supervielle évoque l'Amérique tropicale dans *Crêole polis*, suite de poèmes d'un coloris riche et puissant, parfois teintés d'humour et d'exotisme; il se souvient du Paraguay dans *Forêt*, pièce qui voile un sentiment profond sous une apparence anecdotique; il se situe au centre de l'horizon marin et peut dire: connaissance de la mer.

Au cours de ses voyages, sans interrompre son rêve, le poète médite:

«J'aurai flané ma vie, incertaine rivière,  
«visitant bois, ravins, villes au gré du sort,  
«et sans jamais pouvoir retourner en arrière,  
«un jour j'arriverai surpris au seuil de mort.  
«Et sans jamais pouvoir retourner en arrière»: sentiment qui est au fond de la poésie française depuis «Axel».

Le poète pressent la responsabilité et les contingences des voyages dans la *chanson du Baladin*:

«Il avait tant voyagé  
que son cœur très allégé  
précédait son corps moins lesté».



JULES SUPERVIELLE  
Xilografia de F. Lanau



Poète dans le sens du mot le plus absolu, Supervielle a pénétré dans la vie et la substance américaine sans se dépouiller de son essence française. Elasticité d'esprit, largeur d'esprit, condition indispensable et créatrice de l'homme qui traverse trois latitudes par jour. La réflexion et la subconscience sont des instruments de connaissance poétique dont se sert le promeneur Supervielle, homme en chair et en os qui regarde « entre deux ciels », palpe la possibilité des confins de la terre, sait rire au milieu du désert et sourire devant la grâce du bétail mourant.

« Poèmes », période de transition, survivances de la poésie fin de siècle, symbolisme épuré par l'humour triste, emploi accidentel de la solidité parnassienne et des valeurs plastiques du couchant.

Un art savant a trouvé, dans ce recueil, la proportion et l'ordre des vieilles qualités qui sont au fond de l'esprit gaulois et de l'âme celtique: la malice, la bonhomie, la sympathie, ou mieux encore, la pansympathie, le doute fécond, l'ironie compréhensive et créatrice, l'indulgence et la finesse qui cachent des préoccupations profondes et des élans mystérieux.

« Débarcadères », poèmes de sobriété et de force, est la connaissance métaphysique du paysage américain et de la mer.

Fusion d'idées et de données poétiques, mouvement intégrale de création, aisance des images dans le verset, construction de la strophe. Le verset de « Débarcadères », est un instrument qui s'adapte à la mobilité du lyrisme et au va et vient de l'émotion esthétique de Supervielle.

\* \* \*

J'ignore si *L'Homme de la Pampa* est un roman, un conte, une fable, une légende, un mystère ou une féerie. Il est le tout réuni et il est tout autre chose.

Récit du genre fantastique les éléments et les personnages s'y meuvent et s'y heurtent dans une sphère hors du monde réel. Ajoutez à cela la vigueur et les charmes de la vieille farce dont parle le très respectable et très cher Thomas Sibilet. Ajoutez à cela un souffle nouveau, une énergie ordonnatrice et du lyrisme.

« L'Homme de la Pampa » est l'oeuvre d'un poète.

Les traits les plus marquants de la poésie de Supervielle animent ce livre captivant, paradoxal, infiniment curieux et d'une originalité durable. Après les versets de *Débarcadères*, la prose savante et riche de sonorités profondes; après les poèmes dont la saveur fruste s'arcboute dans le rythme, un roman ou la fantaisie humoristique s'unit à l'envergure du récit et à l'imprévu d'une action parfois serrée et compliquée, parfois simple, souvent trépidante. La notion du temps perdu, la certitude de flâner « sans jamais pouvoir retourner en arrière », ont largement contribué à créer *L'Homme de la Pampa*: « Rêves et vérité, farce, angoisse, e'ai écrit ce petit roman pour l'enfant que je fus j't qui me demande des histoires. Elles ne sont

pas toujours de son âge ni du mien ce qui nous est l'occasion de voyager l'un vers l'autre et parfois de nous joindre à l'ombre de l'humain plaisir ».

Le désert à cornes est un vaste tableau de la plaine de la Pampa brossé par un coloriste virtuose qui possède le sens de la composition et du groupement pour distribuer et fixer les bêtes sur le sol: « Une parcelle d'horizon se détacha confusément pour se mêler à un peu de terre et s'avancer à quatre pattes. Des cornes lui naquirent et cela se répéta en mille endroits dans la plaine ».

Ce tableau vivant et en quelque sorte fidèle du milieu est l'oeuvre d'un observateur subtil et supérieurement intelligent qui a su rendre la physiologie de la campagne argentine avec une maîtrise consommée. Or, l'observateur se soucie d'arrêter la nuance fugitive et non pas de noter le contour ornemental des choses; il saisit les traits essentiels du paysage et refuse les vastes développements décoratifs et tout ce qui n'est que de la peinture inutile. L'observateur est surtout poète et le paysage est pour lui (il faut répéter le mot dont on abuse avec passion) une vaste projection subjective. Pour donner une impression du milieu, il cueille, avec des images indéfinissables et précises, l'apparence mobile de l'objet. La Pampa n'est pas pour Supervielle un sujet de tableau: elle est une étendue sans bornes où le poète a capté des choses vues et des choses rêvées.

Supervielle a vu en poète et en peintre ce sol plat qui s'étale à perte de vue et dont l'image est restée nette dans son souvenir.

L'homme de la Pampa regarde le désert, et il y a entre l'esprit de l'homme et le décor du désert une correspondance indéfinissable et pénétrante. Les formes les plus fugitives du paysage objectif se reflètent en une suite d'états de conscience, éveillent des souvenirs d'enfance et un sentiment confus, allégé de mélancolie primitive, chez le père de trente bâtards, lequel, par un préjugé égalitaire, ne reconnaît aucun de ses fils errants sur leurs montures.

L'homme de la Pampa écoute le désert: « Parfois durant la marche du train, un mugissement pénétrait dans le wagon: ainsi s'exprimait la Pampa dans son fruste parler, comme fait celui, qui ne disposant que de certains mots d'une langue étrangère voudrait leur confier toutes les nuances de sa pensée même davantage, dans une ambition désorbitée ».

La Pampa ne renferme pas la notion de coordonnées rectilignes. Cette plaine isocore pour celui qui n'est pas observateur ni poète, est, dans le roman de Supervielle, grouillante de couleurs variées.

Cette nouvelle conception du désert a recueilli un écho de *Débarcadères* et l'homme de la Pampa, homme en chair et en os connaît d'instinct la plaine, anéantie par une étendue démesurée, la plaine que Supervielle a traversée à cheval et dont il s'est rendu compte:

« Je fais corps avec la Pampa qui ne connaît pas la mythologie... Je m'enfonce dans la plaine qui n'a pas d'histoire et tend de tous côtés sa peau dure de vache qui a toujours couché dehors ».

Dans la narration l'auteur est alternativement, et réciproquement poète et conteur.

Il décrit avec une sympathie contenue la vie humble et touchante de don Innombrable, le contremaître, petits faits divers de la vie quotidienne dans une estancia, si l'on veut, et pourtant scènes bien humaines attachantes par la simplicité; il s'amuse à parler d'une paillote perdue dans le désert, et de cette paillote qui n'est que l'accident du paysage, il en fait l'essentiel par une vision plus profonde et plus poétique; il anime le tout d'une image reposante: « Seuls dans la plaine les oiseaux sont chargés de tracer dans les airs de fuyants paysages que de leurs chants ils prolongent ».

La description d'un dimanche de Carnaval dans une estancia, qui a la grâce et le pittoresque d'une vieille chronique, la peinture de scènes dans un décor étrange, le bariolage, ces quelques touches fines du « Demesuré Là-bas » reliées dans une tonalité locale, apportent je ne sais quoi d'inédit à l'exotisme d'aujourd'hui. Cependant, on aurait tort de dire que *L'Homme de la Pampa* est un roman exotique: les visions du pays sudaméricain—des pages qui renferment un art remarquable—tiennent peu de place dans le récit: elles ne sont que le décor d'apparence changeante ou s'agitent les lubies d'un homme caricatural.

Mais l'exotisme est parfois inséparable de cette nostalgie inondée de la richesse végétale d'un décor qui fait partie intégrante de la scène. Regret des distances traversées par la réflexion dépourvue et l'aperception du poète; nostalgie aiguë par une volupté nouvelle; dislocation des tropiques fabuleux; analyses sur le vif; ligne sinuieuse qui dort entre les cataractes de l'Iguazou, les bêtes de la Pampa, la forêt brésilienne et la houle de l'estuaire.

Le poète a longuement pensé et senti devant la substance sudaméricaine et ensuite il s'est façonné un langage synthétique, pictural, vivant, parfois rude, souvent abstrait et toujours d'une poésie attachante et inattendue.

La nostalgie de Supervielle est surtout spatiale: en Amérique il regrette l'Asie, en mer il regrette les continents. (Effets d'une inquiétude supérieure).

La nostalgie de Supervielle, aussi féconde que celle de Laforgue, diffère tout à fait de la nostalgie des symbolistes. Ceux-ci ont une nostalgie de temps ou, mieux encore, d'époque. La réhabilitation esthétique d'un XVIII<sup>e</sup> siècle embrumé et lointain, la fabrication de cadres d'ancien régime pour situer l'absence et la vie disparue sont des confirmations de la nostalgie d'époque.

Supervielle, par son exotisme délié, peut séparer l'escale du voyage et imaginer toutes les possibilités, de la surface terrestre. Il navigue sur l'océan, plane sur la cordillère et va plus loin, poussé par des préoccupations cosmiques. Il se cherche sur l'orbite des astres et se retrouve dans la poésie pure de *Gravitation*.

L'exotisme de Supervielle—en quelque sorte pragmatique—est presque son état habituel.

C'est pourquoi il ne ressemble nullement à l'exotisme fabriqué péniblement dans l'atelier ou le laboratoire, avec des atlas pour se « documenter ».

Les *Cerises marines* est le triomphe de la fiction. Nulle rhétorique, rien d'artificiel, de contraint, de tendu: l'aperception de Supervielle est libre et rapide. Le poète a réussi à transposer la qualité et les procédés de la poésie dans le conte et l'aventure. Toute la grâce et toute la fraîcheur du talent de Supervielle sont dans ce chapitre de roman qui, plus qu'un chapitre, est, par son envergure et sa portée, un poème en prose destiné à enrichir définitivement l'anthologie française.

Dans *L'Homme de la Pampa* le passage du réel à l'extraordinaire est adroitement ménagé, sans que nulle secousse ni transition brusque arrêtent le développement du récit qui demeure aussi clair que varié, malgré l'abondance et l'incohérence des aventures.

C'est que Supervielle possède l'habileté de la composition et le bon sens gaulois, qualités inhérentes au vrai conteur français.

L'irréel procède par gradations, et les données poétiques, par une suite de correspondances avouées ou latentes, se trouvent dans une latitude entre la réalité et le rêve. Dans une sphère où l'anecdote est bannie, le poète trouve, entre deux situations elliptiques, une place pour l'irréel.

En marge de l'imagination reproductrice, Supervielle a créé un monde extérieur.

Les aventures, arbitraires et fantasques si l'on n'en considère que le dehors, glissent et se développent sur des images d'une belle fraîcheur qui s'ordonnent en fonction d'une large mosaïque.

L'élan poétique est tellement puissant qu'il va au devant du récit et le domine: la partie narrative est subordonnée à la vertu lyrique. Au dessus de la trame épisodique, le lyrisme jaillissant embaume et rehausse la farce pour s'allier à une bouffonnerie troublante.

Dans un style souple, imagé et précis l'auteur exprime son inépuisable verve drôlatique, son humour et son lyrisme burlesque qui fait l'unité du récit.

L'humour de Supervielle, parfois sec, souvent plantureux et d'un pittoresque bigarré, est un humour français, je veux dire, désintéressé, et par là même ne ressemble guère à celui d'Outre-Manche, dont le tour comique et la gaité instinctive ont souvent une intention didactique mal dissimulée qui le rend ennuyeux.

On aurait tort de chercher dans les saillies vives qui foisonnent dans *L'Homme de la Pampa* une moralité, un enseignement, un symbole, une satire. Supervielle, dont l'humour est d'une qualité à la fois moderne et rabelaisienne, n'a d'autre but que de plaire. Il y réussit pleinement d'ailleurs, avec ses facettes sans cruautés et ses plaisanteries transcendantes.

Fernandez y Guanamir, personnage falot, est un monstre de merveilles, surréaliste en géologie. Allure forte, création impérieuse, finesse dans sa fantaisie bouffonne. Cet homme est de la même lignée française et universelle de Maldoror, Croniamantal, M. Croquant, le Neveu de Rameau.

Débordant de projets baroques et d'idées saugrenues, le sudaméricain, propriétaire d'un jar-

din d'acclimatation, discours comme un cabaliste maniaque et fait bâtir un volcan démontable dans son domaine de la Pampa. Guanamiru, au demeurant obsédé par cette « montagne ardente », qu'il voit dans ses hallucinations, dans ses angoisses, dans ses cauchemars, se trouble sous l'incantation d'une sirène, reçoit dans son appartement « l'envers d'une ombre de femme », rencontre sa « sœur impossible » et meurt, ou mieux encore, éclate près de l'obélisque de Louqsor devenu un ombu fleuri.

Telle est la fable de *L'Homme de la Pampa*, dont la vie coule et change avec rapidité et dont les aventures ne sont ni romanesques ni photographiques.

Guanamiru, personnage invraisemblable et de fiction pure, agit selon l'impulsion d'un instinct qui l'abuse et sous la pression d'une dialectique biscornue qui lui enlève tout repos et toute possibilité de quietisme.

Cet homme a une passion: le volcan, une ambition: le volcan, une idée fixe: le volcan. Mais cette idée, qui n'a pas été intuition et ne deviendra pas un système, est la résultante de l'ennui, d'un désir et d'une énergie sans but et sans discipline. Le volcan « Futur », leit-motif de cette farce, c'est le développement d'une ambition mal-séante et difforme qui ne fait que varier l'allure et le ton burlesque du livre.

« Futur », est un cas d'animisme. La fumée de ses éruptions mécaniques s'alourdit sur la croyance religieuse et sur un déisme inconscient et à l'état natif.

Une idée du sudaméricain s'objective et le volcan se dresse d'un jet. La « montagne ardente », devient une lubie guanamirienne concrétisée et tangible; elle domine l'homme et a l'air d'être la destinée victorieuse et terrible qui joue avec lui.

Les épisodes sont enchaînés sans une causalité apparente et l'on devine partout la volonté du

volcan dont l'image plastique est peut-être un idéogramme ayant sa signification quintessenciée dans l'esprit de Guanamiru.

Futur, réalisation ambitieuse d'un homme, est un monstre prêt à brûler la géographie.

Lorsqu'il médite (sa pensée au reste échappe au mécanisme consuetudinaire de l'intelligence) la terre et la mer attendent de lui des miracles. Le volcan ne daigne pas devenir l'arbre de science de ce paradis qu'est la Pampa au désert à cornes. Miss Picadilly ignore le péché et Guanamiru plane au dessus de la morale sans effort et sans morgue.

*L'Homme de la Pampa* est écrit en « langue délectable », celle que parlèrent Amyot et le curé de Meudon, rajeunie, mais rieuse et narquoise.

Supervielle a humanisé un jouet mécanique; il lui a donné la force de la nature et la volonté occulte d'une divinité farouche; il a créé une, contrée fabuleuse; il est poète et il est demiurge.

Cher Supervielle, dans les eaux de l'estuaire il y a des sirènes. Les mécréants ne connaissent que des poissons et des crabes, mais les navigateurs entendent des chants aux sonorités inconnues, rehaussées par la senteur marine.

Par delà le chapelet de 84° de latitude qui mesure, depuis qu'il y a des hommes, l'étendue entre Paris et le grand estuaire, vous entendrez la voix distante des sirènes. Elle vous apportera le message ému de vos amis de Montevideo. Vous penserez au ciel lumineux de votre ville natale, traversé par des vanneaux pareils à ceux qui bercèrent l'enfance de l'homme de la Pampa.

Vous avez cueilli des lys blancs sur le sol rébarbatif du nouveau monde, vous avez surpris les fées au milieu du désert à cornes, où la terre s'endort dans le mugissement des bêtes qui dévorent la solitude.

GERVASIO GUILLOT MUÑOZ.

## UNE ÉTOILE TIRE DE L'ARC

Toutes les brebis de la lune  
Tourbillonnent vers ma prairie  
Et tous les poissons de la lune  
Plongent loin dans ma rêverie,  
Toutes ses barques, ses rameurs  
Entourent ma table et ma lampe  
Haussant vers moi des fruits qui trempent  
dans leur vertige intérieur.  
Jusqu'aux astres indéfinis  
Qu'il fait humain, ô destinée !  
L'univers même est établi  
Sur des colonnes étonnées.  
Oiseau des îles outreciel  
Avec tes nuageuses plumes  
Qui sais dans ton cœur archipel  
Si nous serons et si nous fûmes,

Toi qui mouillas un jour tes pieds  
Où le bleu des nuits prend sa source,  
Portant le soleil dans ton bec  
Quand tu le trouves sur ta course,  
La terre lourde se souvient  
Oiseau, d'un monde aérien,  
Où la fatigue est si légère  
Que l'abeille et le rossignol  
Ne se reposent qu'en plein vol  
Et sur des fleurs imaginaires.  
Une étoile tire de l'arc  
Perçant l'infini de ses flèches  
Puis soulève son étendard  
Qu'une éternelle flamme lèche,  
Un chêne croyant à l'été  
Quand il n'est que l'âme d'un chêne  
Y porte sa terrestre gaine  
Pour affronter l'éternité,  
Ses racines sont apparentes  
Un peu d'humus y tremble encor  
L'ombre ancienne se lamente  
Et tourne autour de l'arbre mort.  
Un char halé par des boeufs noirs  
Qui perdit sa route sur terre  
La retrouve au tournant de l'air  
Où l'aurore croise le soir,  
Un nuage, nouveau Brésil  
Emprisonnant d'immenses fleurves  
Dans un immuable profil  
Laisse rouler sur lui les heures,  
Un nuage, un autre nuage  
Composé d'humaines prières  
Développe un rauque ramage  
Sans parvenir, sans parvenir  
Sans parvenir à se défaire.

JULES SUPERVIELLE

## DEL LIBRO: « EJERCICIOS Y CANTOS » (QUE APARECERÁ PROXIMAMENTE)

### DOLOR

¡ Ah ! Con nuestras sombrías armas, esta gran selva  
es pesada y difícil. ¡ Ah, no tener poder  
ni luz... ! Mas, de un gran ser, para la azul mirada,  
el mundo es una nube que él traspasa,  
y los mundos son nubes que su rayo traspasa,  
en su respiración incesante de luz.  
Y los mas grandes días  
son caminos que siempre tiene, por ser divino,  
cual tienen nuestros pies, aún pesados y errantes,  
la tierra de las huellas amargas y difíciles.

ENRIQUE CASARAVILLA LEMOS.



## LAS BUENAS PÁGINAS DE LOS BUENOS LIBROS

### DE LA «RAZA», DE A. MONTIEL BALLESTEROS

Eran verídicos los datos sobre la creciente del Arerungá.

Aun daba paso, pero cada minuto transcurrido acercaba y agrandaba el peligro; dentro de una hora, a más tardar, sería infranqueable.

Por si el trabajar de la corriente pudiera haber realizado alteraciones en el lecho del vado esportando piedras o socavando pozos, Rosas mandó a un peón que, a caballo, atravesara el arroyo.

Este fué y volvió con dificultad. Casi perdía pie el animal, y el muchacho encogido sobre el lomo de la bestia la hubo de ir palmeando en el pescuezo para defenderla de precipitarse aguas abajo.

Con la diligencia cargada la travesía era factible.

—Se animan, compañeros? —sonrió él.

—Sí, respondieron unánimes.

—Si usted propone, no habrá peligro.

—La confianza mata al hombre... Y el mayor subraya el retrán mientras toma sus precauciones:

—Vos, con un lazo, ayudás de arriba... Desatame el Perico y atalo atrás, porq'es tan petizo que v'a estorbar si se mete entre los lanceros...

—Aun cargamos así, pa la derecha siempre, hasta el medio y después, rápido, en un santiamón, hay que rumbiar, obligando, p'al lan de las piedras blancas.

Se obedecieron las instrucciones del patrón, los peones se descalzaron, arremangáronse las bombachas e iniciaron la travesía.

Resonaron silbidos y exclamaciones; las sotas de los látigos, —habían comedidos que ayudaban,— giraban zumbando en el aire y don Simón, rico de recursos, menudeaba sus gritos e interjecciones pintorescas:

—Hiupp!... Heraa!... Pa, pa, paf, paff!!

Cuando entraban al agua que se revolvía haciendo burbujas, horadando instantáneos remolinos, formando una espuma parda sobre su color barroso amarillento, se sintió la llegada de la otra diligencia.

Iban por el medio del arroyo que, rabioso, empujaba el carromato, cuando, entre el rumor de los que animaban los animales, una voz más alta se despedía:

—Hasta la vueltaa!

Mordaz, irónico, el monte desfiguró el eco, hizo elástica la frase agresiva:

—Hasta la vueltaa; taa! aaa!

Natural, daban el adiós porque la fama de maturrango y de flojo del «amigo» Chico Pedro lo iba a detener como a un lisiado en la otra orilla del Arerungá.

Los pasajeros armaron una barahunda infernal, riéndose del burrito blanco que manoteaba desesperado, medio de arrastro y, con el feliz arribo a tierra firme, seguros, volvieron a gritar y vivir:

—¡Marchó el carrito!

Bentos no dudó un momento.

Había que pasar.

Mientras se preparaba, un paisano le aventuró:

—V'hacer una locura, don Chico.

—Se creen que no conozco el paso?

—Ya está muy encajonau.

—Es que algunos charlan que sólo Rosas es campero y es de agallas.

—Aquí's cuestión de cuidar el número uno.

—... Si tiene una correntada bárbara!

Cierta la afirmación.

Ya no cabía el arroyo entre los barrancas y en el centro la corriente vertiginosa tenía un erizante galope de oscuros monstruos que huían.

Imponía la enorme masa de agua rumorosa.

Entre el hinchado caudal amenazador daban tumbos dementes un quínche de rancho, cajones, troncos de árboles, gruesas ramas de tollaje lustroso.

Los remolinos giraban, se perseguían, se desenredaban con una gracia rítmica.

Los sarandies costeros apenas curioseaban con el extremo de sus varas flexibles y las guías tiermas de los sauces llorones, al moverse incansables con la solicitud de las ondas, simulaban un tembloroso frío.

Como una escamosa serpiente fantástica el arroyo crecía, crecía...

Se veía «a ojo» sus progresos.

Como las tormentas majestuosas, el ronco bramador de los truenos, las potentes, fatales fuerzas de naturaleza, aquella pujanza salvaje, dominante y magnífica de aguas huidoras, producía una impresión religiosa y primordial.

Hombres primitivos, —con ese expectante silencio que parecen observar los demás seres vivos: tierra, monte, campo y cielo,— la hubieran adorado como a una deidad furiosa y vengativa.

Nuestros prójimos, más pequeños, ocultan con sus pasiones el instintivo impulso de las almas.

Tras una mirada que intentaba ser de confianza, afirmó Bentos:

—Si no viene nadie, paso de vacío.

Los pasajeros resolvieron esperar el bote.

Aun intentaron disuadirlo:

—No la tome así; facilitar al cuete.

El, empecinado, interrogó a los peones:

—Se animan?

Ellos sonrieron, fatalistas, resignados y sin titubear respondieron simplemente:

—Sí.

Y se «asotaron».

Fué un instante.

Cayó la diligencia al agua y ya estuvo en el medio.

Como una gigantesca mano brutal el arroyo la había cogido y la sacudía.

Un segundo de miedo perdió al hombre.

Aun hubiera podido cruzar, pero una invencible, absurda fuerza le torció la cabeza para atrás,

El aliento frío del miedo le heló el oído:

—¡Es tarde!

En su espanto, él miró hacia aquí, hacia allá —como el que está cayendo en un abismo— y abrió la boca en voces paralizadas.

La corriente embistió al cuarteador que, fulmineo, desenvainó el cuchillo y de un golpe seco cortó la cuarta tensa, a cual ya no prestaba servicio alguno, desde que los caballos boleros zambullían resollando ansiosos, maneados por los arreos.

Ya no había nada que hacer.

El vehículo tembló, se agitó como ebrio, se empujó un poco y cayó de lado.

Un minuto las aguas se encrespaban, dibujaron círculos precipitados, se llenaron de burbujas, mientras se percibía el patallar de las bestias y sus bufidos desesperados bajo la garra de la asfixia.

Desde la margen opuesta del arroyo, los hombres que habían pasado con «La Uruguaya» tremaron en un espantado silencio.

Se borraron odios, luchas y diferencias; callaron las pasiones y con noble, desinteresado heroísmo, los que poseían fuerza y habilidad, sin pensar en sus vidas, fueron a intentar la salvación del prójimo, de los animales, de las existencias amenazadas.

Con don Simón y dos pasajeros, los peones y otros paisanos se aligeraron de ropa y en un abrir y cerrar de ojos, con el cuchillo entre los dientes, anduvieron junto al vehículo en desgracia.

De la otra orilla también se había arrojado gente al agua.

Era necesario cortar los tiros, los arreos.

Los animales, acuciados por el instinto de conservación, se debatían en convulsiones bárbaras.

Hubo momentos en que se temió por los crios

los temerarios, a los cuales envolvía e intentaba arrebatar la correntada.

Irradiaron, instantáneos, objetos y seres: almohadones, bultos, tablas, aguas abajo; braceando en musculoso esfuerzo hacia la ribera, los hombres; los caballos, sacudiendo las testas, levantando polvaredas de agua con sus resoplidos y haciendo temblar sobre las ondas el penacho crinado de sus colas.

A Bentos hubo que ayudarlo a salir, pues, estando vestido, luchaba con más inconvenientes.

El hombre iba pálido, con un gesto de angustia en el rostro. Cerca suyo, —el aliento corto por el esfuerzo excesivo para su edad,— Rosas lo ayudaba.

Los peones, los otros comedidos, salieron ágiles, sonrientes, como si el drama imprevisto hubiera sido una jugada de «yacaré».

Ya en la orilla, en tanto se comentaba lo acaecido y los personajes, chorreando agua, adquirían su habitual buen humor, Bentos Machado, con el intento de agradecer los impulsos generosos de su rival, se le aproximó extendiéndole la mano.

Todos callaron contemplando la escena.

Rosas, por no llegar a una denegación rotunda, fingióse el desentendido.

Bentos insistió, terco y humilde.

Los circunstantes se aproximaron cual si previeran la tragedia.

Mal aconsejado por la rabia del infortunio y la derrota, el cristiano se podía cegar.

Don Simón, grave y resuelto, lo inmovilizó con sus frases:

—No, don Chico, eso no. Yo no le puedo dar la mano.

El otro dejó caer la suya, mientras se le ponía más terrosa la cara.

## CUENTOS BLANCOS Y NEGROS

### CUENTO

Érase un niño.

Los ojos claros, como siempre. Acaso los cabellos rubios. Acaso el corazón muy tierno.

Sin embargo...

Había cogido una libélula y la excitaba a volar prisionera de un hilo.

Cuando pasó sentí temblar mi corazón como una espada y dije solamente:

—Qué bárbaro!

Cómo sería mi voz ronca, cómo sería mi ojo llameante, cómo sería mi gesto de águila...

Cuando volví los ojos con el corazón temblándome como una espada, el niño corría avergonzado y la libélula iba torpemente apoyándose en las espaldas de la brisa.

Dicen que hay muchos dolores y muchos males.

Y yo no sé por qué lo dicen cuando en nosotros está el camino de alegría.

ALBERTO GUILLÉN



# T E A T R O S

## LOS ESTRENOS

Este año, como el año pasado y muy posiblemente como el año que viene, los autores dramáticos nacionales han debido esperar la llegada de la compañía Brussa para poder estrenar sus obras. Cuatro nuevas comedias han sido ya dadas a conocer al público y de ellas nos ocuparemos en la forma que nos hemos propuesto, tratándose de altas manifestaciones del arte nacional: «La salamandra» del Dr. Salvagno Campos, «El hombre que marcha» de los Srs. Angel Curotto y César Lenzi, «Quien siembra en tierra ajena» de Mateo Magariños Solsona y «Contra la corriente», de Juan Mario Magallanes.

## LA SALAMANDRA

En esta obra del Dr. Salvagno Campos el plan y el símbolo han desbordado la realización. La estructura de tres actos excesivamente lentos y algunas veces faltos de unidad—probablemente a causa de varios cortes que hubieron de hacerse en un libro que no encajaba dentro de las limitaciones del horario,—no corresponde con una idea que anima la acción entera y que puede calificarse de felicísima. La protagonista, al atraer a sus brazos a un hombre con el único fin de que la haga madre, no es en realidad «una» mujer como se ha afirmado, y mucho menos todavía una mujer de excepción, una neurótica, una excéntrica o una intelectual. Es, simplemente, «la» mujer, pues su caso, aplicándolo con la debida intensidad, se entiende, y despojándolo de la extremosidad lógica con que lo presenta el Sr. Salvagno Campos, es el de todas las mujeres. El hombre no es sino uno de los medios con que la especie asegura su reproducción, y la mujer lo atrae exclusivamente para ello, cumpliendo con una función biológica más que fisiológica. El autor presenta en «La salamandra» el caso de una mujer consciente de ese cometido que quiere redimir su vida infecunda y estéril concibiendo un hijo, y para llegar a ese fin finge un amor que no siente hasta lograr su propósito, con toda frialdad y cálculo. Pasa como la salamandra de la leyenda, sin quemarse en el fuego del amor, fijos inexorablemente sus ojos en el ideal que la llena de palpitantes esperanzas. Y cuando tiene la plena seguridad de que una vida nueva late en su seno por primera vez fecundado, aparta de su camino al hombre y se aleja, no sabe adonde va, con su bien, a gozarse en el silencio de su egoísmo.

Como se trata de una obra simbólica no es el caso de juzgarla de acuerdo con la cantidad de realidad que hay en ella. La heroína no es un ser común y no vemos por qué ha de ser entonces considerado como tal. El Sr. Salvagno Campos ha querido presentar una mujer en que ha acumulado el afán instintivo que impulsa a todas las mujeres hacia el hombre y ha creado para ello un tipo interesante y original que debe juzgarse dentro del marco de ficción en que se mueve. Ha con-

centrado toda su atención en él, y los demás personajes, desprovistos de personalidad, poco estudiados, resultan a su lado borrosos fantasmas que van y vienen.

## «EL HOMBRE QUE MARCHA»

Curotto y Lenzi presentan en «El hombre que marcha»—tomando el símbolo de la famosa estatua del gran Rodín—, a un joven político criollo, hombre sin ningún escrúpulo que aplica constantemente la máxima maquiavélica de que «el fin justifica los medios». Para él no hay amigos, ni mujeres, ni hermanos siquiera; no hay más que instrumentos y cómplices. Poseído por el frenesí del triunfo, deseoso antetodo de imponerse, de escalar los primeros puestos, no hay obstáculo que lo detenga ni consideración que lo haga dudar un instante. Va recto a su propósito como un ariete; habla con suficiencia, con inaguantable tono de mando; emplea los hombres y las mujeres mientras pueden servir para el logro de determinados fines y después los aparta de un manotón brutal. Es diputado; para ser ministro desalojará a su protector seduciendo a su esposa para arrancarle ciertos secretos; con el objeto de retener junto a sí a su hermano—un pobre maestro tullido que le hace los discursos—, traicionará a su hermano. Finalmente dos balazos de un amante despechada é indignada terminan con tan extraña y desorbitada existencia.

¿Qué se han propuesto hacer los autores de esta obra?: retratos de ambiente?, ¿obra simbólica? En el primer caso, el propósito ha fracasado; y en el segundo, también. Ese político ambicioso que han concebido, peca de ingenuidad, de inocencia, de inverosimilitud. Un hombre así, que si no lo atajan un par de balazos llegaría a ser presidente de la república en el ánimo de los autores, en la realidad no alcanzaría a ser nada, absolutamente. Grita demasiado, sus intenciones son en extremo simplistas y las deja ver con excesiva facilidad. Nadie hay,—y menos un político, que es una cosa más complicada e interesante—, tan seco y contundente, tan cínico y tan pedante. La artificiosidad del personaje resalta desde el principio al fin, sin adquirir en ningún momento caracteres verdaderamente humanos. Pasa por el escenario como una tromba sin dejar en el espectador una impresión real de sus proporciones y de su idiosincrasia.

Somos adversos a las obras realizadas en colaboración. Esperamos que Curotto y Lenzi no vuelvan a repetir el ensayo a nuestro juicio poco afortunado apesar de su indiscutible buena intención. Es necesario que cada autor afronte la responsabilidad de su obra. De «El hombre que marcha» lo mejor es el primer acto, animado cuadro de ambiente que reproduce la llegada de un tren a una estación de nuestra campaña. Entre ese acto y los otros dos no hay relación alguna; se ve bien claro que las manos que los han planeado son distintas.

A. L.

## Contra la Corriente, de JUAN MARIO MAGALLANES.

El Secretario de Redacción de «La Cruz del Sur», Juan Mario Magallanes, conocido y considerado hasta el presente en nuestro medio intelectual como autor de bellos poemas y cuentos, tiene ya su puesto honroso y honradamente conquistado dentro de los pocos honrosos y honrados dramaturgos nacionales.

El estreno de su primera producción teatral «Contra la corriente», hecho días pasados por la Compañía Brussa en el Teatro Artigas, firmemente recibido por esta prensa que soportamos, es una alta y afirmativa realización dramática que merece considerarse seriamente y que no lo ha sido porque Magallanes no sabe ni sabrá nunca adular a nadie para que lo tengan en cuenta.

«Contra la corriente», tiene virtudes ciertas, méritos ciertos, de tal manera que desaparecen las inseguridades y pequeños defectos técnicos infaltables, casi diría, indispensables, en toda primera producción teatral. Tiene la virtud de estar bellamente escrita, ideada, dialogada, y compuesta. Hay el estilo fácil, vivaz y armonioso. Hay la maduración, si no original, al menos personalísima y honda, bien personalísima y bien honda: de Sánchez, no de Benavente (deducida «La Malquerida», y tal vez otra). Hay personas, pero personas, que hablan de sí y de los demás con inteligencia, sin rebuscamientos ni «tiradas» literarias. (Apunto, sin embargo, un dialogado en el segundo acto demasiado sutil, que pudiera dejarse adentro de los personajes, con ventaja).

Hay, en fin, una lógica y natural composición del total, bien conformada la exigente y difícil técnica de los muñecos, bien abierto el camino por donde cada uno va a pasar.

También los méritos: tiene emoción, mucha emoción. Tiene interés. Tiene sobriedad. Tiene lo pintoresco, que no falta, sino que sobra, en los dramas familiares. Tiene el drama familiar: un drama que es verdad. Que tiene que ser verdad. Es un poco ácido lo que queda en el corazón de los personajes centrales; pero hay la seguridad de la ternura, del entendimiento y del amor fraternales y definitivos. (¿Definitivos?).

No hay exageración alguna en este comentario que debe ser, desgraciada y necesariamente breve. Así lo creen muchos.

La vinculación de Magallanes a «La Cruz del Sur», nunca habría hecho, al que esto escribe, alterar conceptos o mentir.

M. E. C.

## «Quien siembra en tierra ajena»

De Mateo Magariños Solsona, un escritor fallecido hace ya varios años y perteneciente a la generación anterior, quedó un drama que tituló muy exactamente «Quien siembra en tierra ajena».... Confesamos que nunca hubiéramos creído en la existencia de una pieza teatral de tantos y tan diversos valores, excepcional en todo sentido. Por esa razón nos limitamos en esta lijería reseña de los estrenos de obras nacionales que ha realizado la meritoria compañía Brussa, a dejar constancia del éxito obtenido por «Quien siembra en tierra ajena», quedando para el número próximo de «La Cruz del Sur», un comentario extenso sobre ella y sobre la interesante personalidad literaria de Magariños Solsona que si estaba conceptuado como uno de nuestros primeros novelistas desde hoy debe considerarse además como uno de nuestros más fuertes y originales autores dramáticos.

## LIBROS RECIBIDOS

### Tangarupé. — Cuentos, POR ENRIQUE M. AMORIM

Un nuevo libro nos llega de este ya prestigioso escritor uruguayo. Es Amorim un narrador ameno y ágil, que nos da en sus páginas verdaderos cuadros de nuestros campos. Su prosa, matizada con figuras de una modernidad notable, tiene coloridos sorprendentes al describir el campo bajo los soles estivales, o la llovizna invernal, y silenciosos recogimientos al evocar las noches pampeanas que achican el corazón, exprimiéndolo, y haciendo brotar, como un riego de lágrimas, la misteriosa nostalgia de lo desconocido. En este libro, que consta de episodios hilvanados por los personajes que en ellos actúan, pero independientes, por constituir cada uno de ellos, por sí solo, un acontecimiento definitivo en las destañadas existencias que allí palpitan, se nos

muestra lleno de un conocimiento exacto de nuestras cosas camperas, y una percepción psicológica finísima. Pero, ante todo, creemos que Amorim es un poeta. Poeta por sus imágenes vibrantes, y por la interpretación que a los hechos y las cosas da su alma inquieta. Tiene páginas que son verdaderos poemas, como en el capítulo titulado «La muerte», al describir un buey que en un día de sol, ardiente, hundido en la ciénaga del arroyo hasta la panza, «rumiaba la modorra de la hora, sacudiendo la cola, que a veces se le quedaba encima de las ancas, para caer después, como si con ella se desmoronase su resignación de bestia», y del que «un hilo plateado de baba caía sobre la superficie serena del agua, como si fuese el único de la tela de araña del hastío», y «cuya cabeza caída, sostenía el yugo del sol, obligándole a volcar el mundo vacío



de su entraña de animal sin historia. Muchos momentos de estos tiene Amorín en su libro, al describir seres, cosas y paisajes; descripciones audaces y valientes, como «La bestia del solitario», conseguida con una sobriedad notable, y otras algo recargadas de tinta negra como en los finales de «Tangarupá», de «El pájaro negro», y de «Los explotadores de pantanos», pertenecientes estos dos últimos a la segunda parte del libro. En el segundo episodio de «Quitanderas», emociona la fatalidad con que los personajes ruedan a lo desconocido, en el continuo debatirse de una vida nómada o sedentaria, a la que el autor arranca notas de una pintoresca exactitud y por momentos, de un despiadado realismo. Sentimos que el espacio breve de que disponemos, nos impida detenernos más en el comentario de este libro de un indiscutible valor literario y humano.

J. M. M.

### Bajo la misma sombra

Desde los cerros de Minas,—austeros y vigilantes—que arman la guardia de la gentil ciudad—nos llega un coro de voces nuevas, puras y sencillas que tiene dejen de siringas y caramillos agrestes y perfume de madreselvas y laderas florecidas. «Bajo la misma sombra», es el libro de cinco poetas que espigan juntos en los dorados trigales del Enseño.

Minas, que ya en otras ocasiones y en otros órdenes de la actividad integral, se ha singularizado por el mérito y el esfuerzo de sus hijos mejores, nos vuelve a dar un nuevo ejemplo por intermedio de estos cinco citaresas que ensayan con fortuna la canción nativa amasando el oro indígena, con manos sapientes y delicadas.

Rica en encantos naturales, huraña a las miradas, escondida detrás de los altos cerros del Este, en el cuenco de una inmensa mano de piedra y arcilla, buscando—como un monje—un refugio deshabitado para poder practicar los ritos de sus adoraciones superiores, Minas es una escena llena de sorprendentes, magnificencias naturales y un refugio encantador y apacible para las almas extáticas y soñadoras.

Allí los poetas lo han encontrado todo para hacer «Bajo la misma sombra», que es un tomo de versos de mérito desigual, altamente promisor que culmina a veces en realizaciones de serio valor artístico. Distintas sensibilidades, distintos gustos y temperamentos poéticos, algunas veces amatorio otras eglógico, otras pintoresco, el florilegio minuano que firman Cajaraville, Cuadri, Morosoli, Casas y Magri tiene—apesar de eso—algo que identifica todas sus producciones y que presta al libro una unidad secundaria.

Es el amor a Minas, la visión de la Aldea y del cordón de cerros de la custodia y especialmente ese sentido de la tranquilidad, de la monotonía, del silencio aldeanos que se ha formado en estos nuevos cantores de Minas que prefieren a la ciudad siempre silenciosa, primitiva y tranquila, libre de todas las extravagancias de importación

metropolitana—callada y pequeña—a la que le reprochan no ser siempre la misma y no haber sabido conservar el «antiguo misterio simple», que la envolvía.

Y ellos mismos se han defendido de la importación extranjera, de los «ismos», literarios y de las sugerencias artísticas. Han permanecido ajenos a toda influencia, cantándole a todo lo que los emociona en su alrededor y dejando que la canción salga tal como se hace en sus labios.

La vida del pueblo, sin ningún suceso que la perturbe, transcurre ordinariamente monótona y apacible entre el chirriar de las carretas ruinosas y el despotricar de los Homais aldeanos. Se comprende que una vida así no les haya dado a los poetas más que emociones sencillas y puras candorosas y frescas como los berros de las cañadas minuanas.

Hay en ese tomo de versos composiciones que—de no ser tan breve este comentario—merecerían transcribirse para su mayor divulgación—por haber sido conseguidas ya con acertado color, ya con subida gracia y maestría o con ingenua y sencilla emoción poética.

«Bajo la misma sombra», tiene pues una doble importancia: es una obra de positivos méritos literarios que vendrá a enriquecer las letras uruguayas y es el anuncio feliz de que empiezan a agitarse en el interior de la República los cencerros de la poesía nativa.

F. DE F.

### Los poemas del mar y de la estrella

Atilio García y Mellid, una de las figuras más simpáticas de la nueva generación argentina, acaba de editar en Buenos Aires con el título de «Poemas del mar y de la estrella», un volumen de interés, que viene teniendo resonancia merecida en el ambiente literario del Río de la Plata.

Dentro de la abundante producción argentina aparecida durante el año en curso, se destaca por su valor el libro de García y Mellid, volumen de versos, de intensa emoción y de fina factura; hay en él las cualidades que precisan a un buen poeta, sencillez, pensamiento, frescura y sutileza; se advierte un alma de musical sentido que se da intimamente al resplandor del verbo; un espíritu rico de sensibilidad que sabe expresar en todos los matices la esencia profunda de los seres y de las cosas; de riqueza mental amplia, sabe dar a la imagen el acierto expresivo que requiere el pensamiento y la concepción está realizada siempre con firmeza.

Distintas son las rutas de los barcos,  
en la comba infinita de la mar  
y distintas las rutas de los astros  
allá en el cielo de cristal.

Distintos son, también nuestros acagos  
camíños que ya nunca se unirán:  
naves somos, o acaso somos astros.....  
tú pérdida en el cielo, yo en el mar....

Lejos de toda extravagancia y de recursos de efecto, se expresa con elegancia que es siempre claridad y sencillez, dándonos composiciones de un verdadero precio dentro de una refinada emoción que le acredita un temperamento personalísimo.

Atilio García Mellid es autor también de «El Templo de Cristal», obra que obtuvo feliz éxito, revelando en ella esa calidad de artista que hoy señala y confirma en este libro de «Los Poemas del mar y de la estrella».

J. M. F.

### Literaturas europeas de vanguardia

CRÍTICA POR GUILLERMO DE TORRE

Toda Europa se ha visto profundamente agitada por un sentido nuevo en su arte; poniéndose la base para un espíritu de presente que ha de ser fundamental para la literatura del porvenir.

Estas escuelas de vanguardia que actuaron casi con simultaneidad en los principales países de cultura del viejo continente, fueron: la escuela—Ultraísta—en España; la modalidad Creacionista en Francia seguida del movimiento Cubista; el movimiento «Dadá» en Alemania; el Futurismo en Italia y el Tactilismo en Austria y algunas otras tendencias sin mayor amplitud resonante.

Guillermo de Torre que en la nueva generación literaria de España es un espíritu de valioso rendimiento, ha recogido en un libro que titula «Literaturas europeas de vanguardia», una serie de apuntes críticos y documentales, cuya visión abarca todo el período evolutivo del arte europeo en los últimos tres lustros. El interés de este libro de crítica es total. En primer plano por que nos da la historia completa de todo ese período fermental que planteó a la estética nuevos problemas, y que ha de tener influencia orientadora entre nosotros, y en otro aspecto porque con él Guillermo de Torre viene a demostrarnos su convicción y su fervor por las modernas tendencias, afirmando acabadamente que no fué un oportunista, sino un convencido, que pone todo el caudal de un hermoso talento al servicio de una fé, generosa fé en problemas que recién ahora el tiempo viene resolviendo favorablemente, en la aportación de valores inéditos que hoy tienen el elogio de nuestras generaciones.

El sostiene con criterio que es también nuestro, que la crítica debe ser colaboradora más bien que intérprete de la obra glosada; y con Ortega y Gasset que la labor del crítico debe ser «un fervoroso esfuerzo para potenciar la obra elegida»; y con este sentido tan bello, procede en todo su libro bajo la mira parcial de su tendencia. Así, con sostenido interés, nos dá el movimiento vanguardista europeo; y con amplio fundamento de cultura y seria documentación sostiene los orígenes de las nuevas escuelas que hace partir como antecedente de contacto del conde de Lautreamont, Julio Laforgue, Arturo Rimbaud y Julio Herrera y Reissig, nuestro gran uruguayo, y para el Futurismo, de Whitman y Verhaeren. Rehabilita a Julio Herrera frente a Vicente Huidobro que se atri-

buye los antecedentes del creacionismo, y hace un elocuente elogio a la potencialísima escuela española que con el nombre de movimiento «Ultra» tendiera a una superación literaria, donde fueron participantes, Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna y Cansinos Assens como teorizador que precisó con el inmenso concurso de su talento, la actitud de los jóvenes del famoso manifiesto bellamente audaz de los ultraístas. Hoy, de aquellos precursores quedan pocos; la mayoría ha extraviado vías en un agobiante renunciamento, quedando firme como representante gallardo de esa generación, la interesante figura de Guillermo de Torre que con este libro nos aporta un verdadero valor de interés crítico, que enfoca clara y públicamente muchos puntos discutidos en las ya tan sonadas campañas sostenidas por los innovadores en los países actuantes. Por todas esas razones este libro que es el más completo de esa clase que se ha escrito en nuestro idioma, debe ser leído por todos aquellos que se interesan por el movimiento literario moderno y quieren estar al día.

J. M. F.

### «Dr la fuente interior»

De Rosario de Santa Fé en donde desempeña desde hace muchos años el cargo de Cónsul del Uruguay, el señor Manuel Núñez Regueiro nos envía su último libro titulado «De la fuente interior». Trátase, según dice el mismo autor en el prólogo, de una breve colección de trabajos diversos escritos en épocas distintas, que agrupa en cinco capítulos: «Motivos divinos y humanos», «Desde Piriápolis», «Cuentos y parábolas», «Crítica filosófica y literaria» y «Sátiras de Electrón». Con tan diversos materiales el Sr. Núñez Regueiro ha compilado un volumen liviano y variado, que se lee fácilmente, con gusto, y en el que hace una vez mas propaganda por sus ideales espiritualistas, cuyos fundamentos básicos no compartimos. Apesar de la selección realizada y como no podía ser de otra manera, este libro se resiente un poco del apresuramiento con que han sido escritos muchos de los artículos que lo componen, y prodiga elogios injustificados a mediocres escritores del Río de la Plata con los cuales el autor ha querido cumplir agradeciendo el envío de sus libros. Lo hubiéramos querido no mas severo pero sí mejor catador, mas inflexible y menos condescendiente. Fuera de eso debemos reconocer su buena intención y la honestidad del esfuerzo realizado, virtudes que no es posible desdeñar en el campo de la producción literaria sobre todo en estos tiempos.

G. R.

### Teseo, POR EDUARDO DIESTE

Se anuncia para en breve, la aparición de «Teseo», libro de crítica estética, sobre clasicismo, impresionismo, cubismo, futurismo, y arte nacional; original del prestigioso escritor Eduardo Dieste. Se espera con vivo interés en nuestros círculos artísticos, la aparición de este libro, pues son reconocidas las dotes de estilo e ilustración de su autor.



## NOTAS Y COMENTARIOS

### Homenaje a Fabini

En un medio acérrimo para todas las manifestaciones puras de belleza y en un ambiente cuya indiferencia tiene mas de hostilidad que de ignorancia—esto se explicaría en tanto que aquel sentimiento, indigna—para los valores personales, sea en una como en otra manifestación intelectual, el homenaje, mas que homenaje, el reconocimiento de la obra de Eduardo Fabini es un hecho histórico que necesita puntualizarse para honor de la ciudad y para gloria de la raza.....

Por primera vez no se ha esperado la muerte del artista para que el honrado fenicio le rinda su homenaje!...

Frente al nuevo problema que nos plantea la aceptación unánime y emocionada de la música fabiniana, nuestra atención se desplaza y nos hace pensar que la simple cuestión estética—que es entusiasmarse frente a una obra de belleza—se transforma en un hondo problema de carácter ético. ¡Pavorosa confusión! En plena vida, en floreciente vigor, en la grávida inquietud, un artista es reconocido por Montevideo como su músico epónimo, como su íntimo cantor, como su misterioso poeta de la emoción eterna y cordial!

Montevideo, desde el artesano al intelectual,

desde el menestral al rico burgués, desde su mas simple ciudadano hasta su gobernante, todos se entregaron al genio de Fabini y en alas de su inspiración dejaron flotar el pedazo de alma, que a cada uno tocara al llegar a la tierra.

No es esta ocasión para glosar la obra del grande y modesto músico; ya lo hemos hecho sumariamente y lo ampliaremos en nueva ocasión que nos dará el suave poeta, cuando ofrezca sus páginas en gestación. Aquí queremos destacar todo lo que importa para nuestra ciudad, mas que para el artista, este inusitado homenaje, este reconocimiento absoluto, esta pleitesía viril, que no ha necesitado, como otras veces el conjuro fatal y que no ha esperado el paso tenebroso de la muerte.....

A estas horas, los campos abiertos a la maravilla del cielo criollo, reproducen atónitos las voces de gloria con el pueblo acogió al recio cantor y como en los tiempos, en que los «tristes» de la primer vihuela anudaban en emoción las gargantas gauchas, el corazón nativo canta al ritmo feliz de los aires de la tierra, ennoblecidos por Fabini, que les ha dado prestancia singular y carácter de eternidad, de eternidad de belleza!

ROMEO NEGRO.

## EXPOSICION ARZADUM

En el salón pequeño de la casa Moretti, Catelli y Cia., Carmelo Arzadum ha expuesto una docena de pequeños cuadros traídos de su reciente viaje a París: vistas del Sena, paisajes casi cubistas de angostas calles cercadas de edificios cuadrados por los que como una aguja atraviesa el «metro»; viejos rincones del Louxembourg y del Trocadero: nuevas perspectivas de la Exposición de Artes Decorativas, etc. Apesar de la diversidad de los temas una unidad de técnica y de color los emparenta estrechamente. Creemos que poco hay en la valiosa obra que ha realizado Arzadum, tan fresco, espontáneo y agradable como estos bocetos que se imponen por los aciertos del color

y la bondad de su factura. Los semitonos del cielo de París están conseguidos con una finura y una exactitud sorprendentes y en algunos de los paisajes urbanos hay además un estimabilísimo elemento de novedad que los destaca de inmediato. Claro está que este esfuerzo de Arzadum ha pasado completamente desapercibido en nuestra ciudad, ajitada hasta sus tuétanos con los próximos elecciones y la reanudación de los partidos de football. Pero Arzadum puede tener la satisfacción de pensar que los pocos, poquísimos que entre nosotros se preocupan por esas cuestiones de orden superior han apreciado su esfuerzo y se lo agradecen en lo que vale.

## AGAPE DE «LA CRUZ DEL SUR»

Para festejar la reaparición de nuestra querida revista nos reunimos las otras noches con algunos amigos, enredor de una mesa sugestiva y prometedora, en la que hicimos honores a un variado menú salpicado con la salsa de los inevitables chistes. No hubo protocolo, ni discursos, ni recitaciones más o menos indigestas. Todo sucedió amablemente y en medio de la mayor alegría, haciéndose votos por la inmortalidad de «La Cruz del Sur», que constituye un verdadero desafío a nuestro ambiente tan rehacio a toda iniciativa cultural. Estaban presentes: Alberto Lasplacas, Paul Larnaudie, Orosmán Moratorio Alvaro Guillot

Muñoz, Fernán Silva Valdés, Justino Zabala Muñoz, Carlos Sabat Ercasty, José Pedro Bellán, Gervasio Guillot Muñoz, Alfredo Vila, Juan Mario Magallanes, Juan Carlos Welker, José María Podestá, Federico Lanau, Francisco de Ferrari, Valeriano Magri, Mario Esteban Crespi, Mario Petillo, Juan A. Filartigas, Melchor Méndez Magariños, Ildefonso Pereda Valdés, Manuel de Castro, Ricardo Cordero Martino y Antonio Rodríguez Varela. Enviaron adhesiones: Bernabé Michelena, Clemente Estable, Sebastián Morey, Hermenegildo Sabat, Emilio Frugoni, Jaime Morenza y Carlos Salvagno Campos.

## La Sirena

La casa que impone la moda por la selección de sus surtidos

SEDERÍAS, GÉNEROS, TAPICERÍA, BLANCO, CONFECCIONES PARA SEÑORAS y NIÑOS, BONETERÍA, MERCERÍA, PERFUMERÍA, FANTASÍAS ETC. ETC.

## Larghero & Cia.

Sarandi - B. Mitre - Baeacay

Hotel y Restaurant

## “SPORTMAN”

de Carlos Ardrizzo

SE HA REABIERTO CON GRANDES REFORMAS

ESMERADO SERVICIO A LA CARTE. SALÓN ESPECIAL PARA BANQUETES. HABITACIONES BIEN AMUEBLADAS PARA FAMILIAS Y HOMBRES SOLOS

771 - SORIANO 773

Teléf.: La Uruguaya 1776 - Central

MONTEVIDEO

## Banco Territorial del Uruguay

CERRITO 425

Administración y venta de casas y terrenos, Cuentas corrientes, Cajas de Ahorros, Alcancías y toda clase de operaciones Bancarias.

Presidente Dr. EMILIO A. BERRO  
Vice > Dn. ANDRES DEUS  
Secretario Dn. DOMINGO BARBEITO  
Vocal Dn. FRANCISCO RAVECCA

MÁXIMO ARANA  
DIRECTOR-GERENTE

## Gran Salón “MIRURGIA”

Para señoras, señoritas y niñas

Calle Rio Branco 1313

Teléfono: La Uruguaya 282 - Central

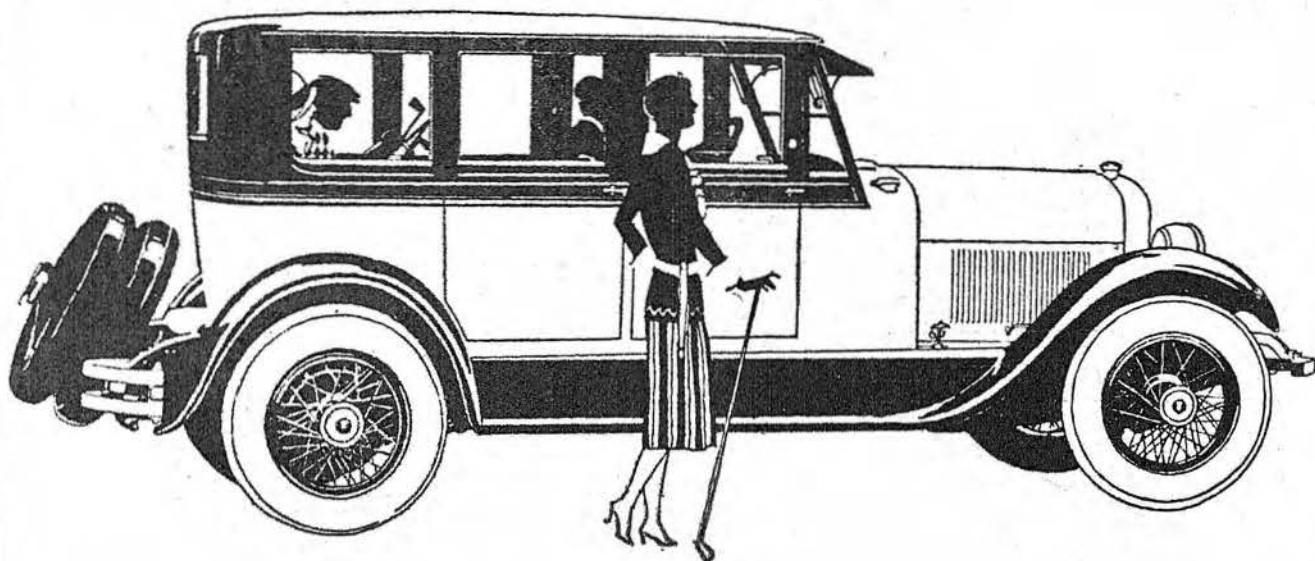


Esta casa tiene un personal competente para el corte de cabellos y peinados, Ondulaciones Marcel, Manicura, Tinturas, ondulaciones de postizo y masajes.

ONDULACIÓN PERMANENTE  
APARATO GALLIA

Por el ex-empleado de la “Casa Bergues”  
Eduardo Dellacasa





# LINCOLN

Destacándose entre todos los otros automóviles por su sello inconfundible de refinamiento, el Lincoln llama la atención en las calles y caminos.

Su poderoso motor de 8 cilindros, orgullo de la industria automovilística, satisface al conocedor más exigente y justamente puede enorgullecerse quien posee un vehículo de tal categoría.

La más grande organización del mundo en automóviles, respalda la mayor garantía que puede ofrecerse al comprador de un automóvil.

**LINCOLN MOTOR COMPANY**  
DIVISIÓN DE  
**FORD MOTOR COMPANY**